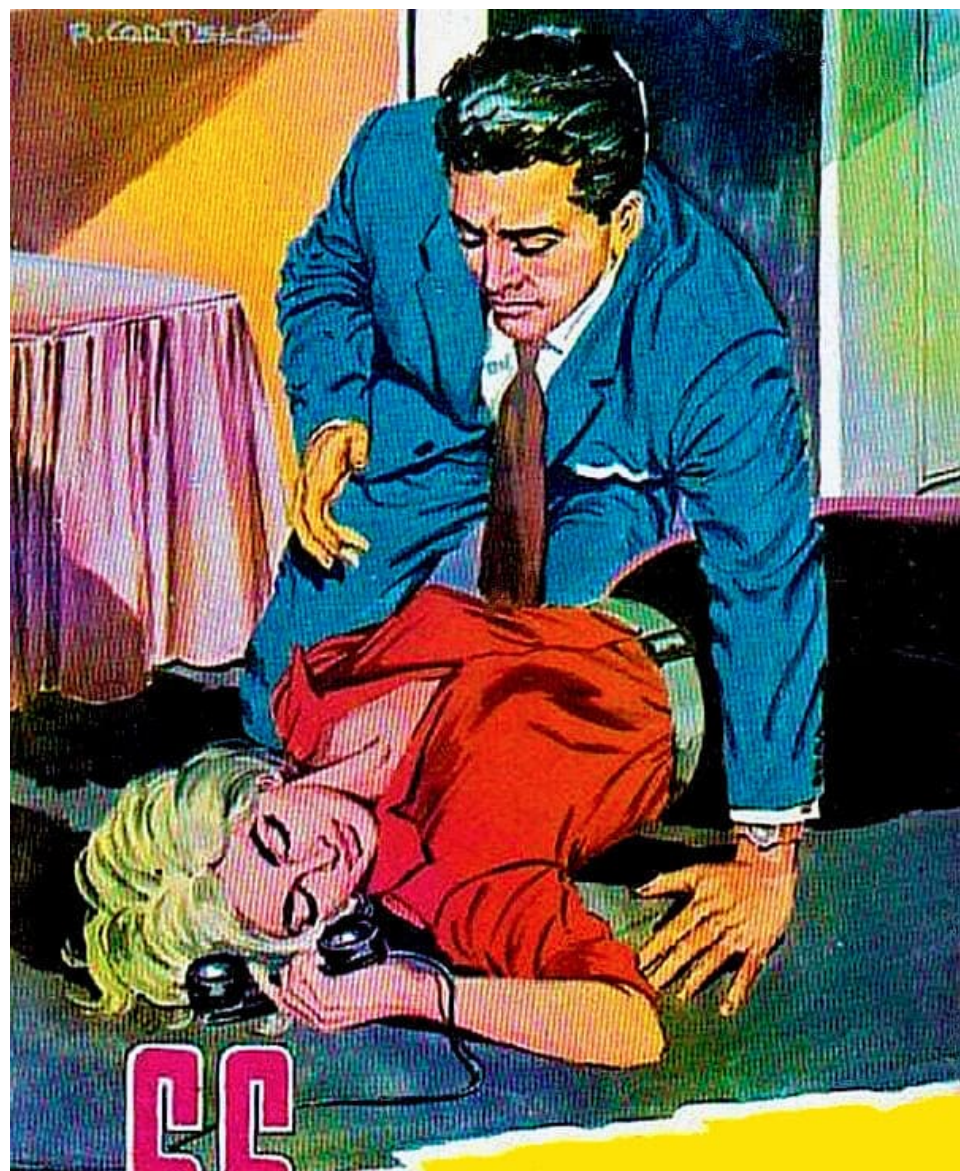




SS

**SERVICIO
SECRETO**

MIKKY ROBERTS
**LAS ESTRELLAS
TAMBIEN MUEREN**

Rockwell *Cross* estaba profundamente ocupado en su despacho de la Delegación de «King Insurances & Co.», en Venecia, había dado orden a su secretaria de que nadie le molestara por ningún asunto.

—Estoy preparando un informe para nuestra Central de Nueva York —había dicho.

Y allí estaba, cómodamente sentado en el sillón basculante, con una revista en las manos.



Mikky Roberts

Las estrellas también mueren

Bolsilibros - Servicio Secreto - 547

ePub r1.0

Lds 01.05.18

Título original: *Las estrellas también mueren*

Mikky Roberts, 1961

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





Mikky Roberts

Las estrellas también mueren

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

**ESTI R...
TAMBIEN
MUEREN**

*POR
MIKKY ROBERTS*



CAPÍTULO PRIMERO

Rockwell Cross estaba profundamente ocupado en su despacho de la Delegación de «King Insurances & Co.», en Venecia, había dado orden a su secretaria de que nadie le molestara por ningún asunto.

—Estoy preparando un informe para nuestra Central de Nueva York —había dicho.

Y allí estaba, cómodamente sentado en el sillón basculante, con una revista en las manos.

No era una publicación técnica, ni en sus páginas se hablaba para nada de estadísticas de seguros o de operaciones bursátiles. No era tampoco la clase de revista que podía esperarse en manos de un Delegado de la más importante empresa de Seguros de Norteamérica.

Porque en sus páginas, las columnas de cotizaciones de Bolsa habían sido substituidas por impresionantes fotos de luminosas mujeres, y los severos textos sobre análisis económicos se habían trocado en frívolos cotilleos del mundo del cine.

Lo que Rockwell Cross estaba leyendo y mirando con fruición era una revista de cine, dedicada al Festival de Venecia.

Rockwell se recostó un poco más en su sillón, lo hizo girar y puso sus pies sobre la mesa. Grandes titulares anunciaban:

«La cerebral Mammie Grace ha llegado a Venecia».

Y debajo tres fotos. Mammie Grace podía ser cualquier cosa menos cerebral, se notaba a simple vista. La cabeza sólo podía

servirle para llevar con soltura aquel artístico despeinado de sus cabellos platinos, y para portar dos ojos candentes y un par de labios gruesos. Más abajo estaba todo lo demás que había dado fama a Mammie Grace a través de las pantallas de los cinco Continentes. Los fotógrafos no tenían ningún mérito en aquel alarde. Era algo que correspondía por entero a Mammie Grace.

Aquellas tres primeras fotos la presentaban en traje de noche, negro, ceñido, sin hombros, ni espalda. Luego, por alguna razón, se le había rasgado la falda y por ella asomaba una larga pierna que correspondía al resto de su figura. Los labios le sonreían y los ojos parecían abrasar, aun a través de la foto.

Rock volvió la hoja y siguió apreciando las cualidades de Mammie Grace, ahora en traje de baño. «Mammie Grace en el Lido veneciano, en su visita del año pasado». Y luego: «Mammie emite su voto en la polémica sobre los trajes de baño: “La demasiada tela dificulta los movimientos en el agua”, ha dicho. Y más aún: “Nuestros reporteros sorprendieron así a Mammie en una playa privada de la Costa Azul”».

Rock cerró los ojos y justo en aquel instante la puerta se abrió.

—Perdone, señor *Cross* —era Arlene Fisher, su secretaria—. Hay aquí una persona que ha insistido mucho en verle.

Y los verdes ojos de la rubia Arlene se fijaron intensamente en las fotos de la abierta revista.

Rock bajó los pies del escritorio, cerró la revista y se atragantó, aflorándole un tinte rojizo a las mejillas.

—¡Le he dicho...!

Bajo el dintel apareció una mujer muy alta, muy ceñida por un vestido estampado con tirante de medio centímetro; el cabello platino se le desbordaba por los hombros y los rojos labios sonreían como si mil focos la estuvieran bañando en luz para un millón de espectadores.

Rock tuvo que sujetarse al borde del escritorio.

—¡Mammie Grace... en persona! —musitó.

Arlene, con ironía punzante, dijo:

—Estaba segura de que no se negaría a recibirla.

Y desapareció, cerrando tras sí.

Durante unos instantes, Rockwell *Cross* estuvo buscándose su tradicional aplomo por todo el cuerpo. Mammie Grace, erguida en

mitad del despacho, triunfal y desafiante, le miraba como si le hiciera un inmenso favor con su visita.

—Ésa es la cara que deben poner los paletos cuando ven una de mis películas —dijo, rodando las caderas hasta dejarse caer en un sillón de cuero rojo.

Rock logró recobrar la respiración y sonrió, dando la vuelta al escritorio.

—Debe ser una aparición o algo así: justamente ahora estaba viéndola a usted —y le mostró la revista.

—Oh; no he salido muy favorecida. ¿Usted es el señor *Cross*?

—Rockwell *Cross*, sí señorita. Rock para los amigos. ¿En qué puedo servirla?

—Parece usted un muchacho simpático y eficaz, Rock —dijo ella, aprobadoramente, mirándole con el mismo desenfado que si fuera a comprarlo—. Debe medir seis pies y tiene los hombros convenientemente proporcionados. No será relleno, ¿verdad? —preguntó escandalizada.

—Puede estar segura de que no lo es. Pero...

—Tiene un rostro agradable, una barbilla voluntariosa y cualquier mujer podría llamarlo guapo. ¿Por qué no se ha dedicado al cine?

Soy experto en seguros, y...

—Calderilla; el cine le llenará de oro, si se lo propone.

—¿Ha venido para contratarme?

Se sentó en un sillón frente a ella y sacó un paquete de cigarrillos. Mammie tomó uno, adelantando el busto y luego esperó a que Rock se lo encendiese con mano no muy segura. Cuando hubo exhalado una columna de humo, la estrella se echó hacia atrás, recostándose en el cuero y cruzando las piernas.

No debió hacerlo, si deseaba que la cortísima falda llegara a la rodilla. Rock miró al techo y preguntó:

—¿Cuál es el motivo de su visita? Es posible que mi pregunta sea descortés, pero soy hombre que me gusta ir recto a los negocios.

—Otro, en su lugar, hubiera aprovechado para anunciarme su amor. Es una vulgaridad, pero los hombres piensan que con ello ganan algo.

—Yo no soy vulgar. Usted es una estrella famosa, cargada de millones y de experiencias amorosas. Yo soy un desconocido en el

mundo del cine. ¿Voy a pensar que ha venido hasta mi despacho atraída por mi fama?

Ella rió.

—No; no es galante, pero me gusta.

Aplastó el cigarrillo a la segunda chupada y luego entrelazó sus dedos largos de uñas lilas.

—He venido porque tengo miedo.

Rock la examinó con atención. Mammie Grace no podía tener miedo de nada; el miedo aparece cuando se tiene capacidad de pensar y Mammie Grace conservaba su cerebro cuidadosamente oxidado. Era como un animal de lustroso pelaje, primitivo y sensual, que iba y venía impulsada por apetitos.

—¿Miedo? ¿De quién? ¿Qué puedo hacer yo?

—Usted es Delegado en Venecia de la «King Insurances & Co.».

—Sí.

—¿Ve este collar?

Ahora se fijó. Tenía tres vueltas y las perlas más pequeñas eran del tamaño de garbanzos. Una joya como aquélla era lo más vistoso del mundo... salvo en el cuello de Mammie Grace. Nadie podía fijarse en las perlas llevándolas Mammie, y hasta se diría que éstas, envidiosas, habían perdido su brillo.

—Vale un millón de dólares y lo tengo asegurado en la Compañía de usted.

Rock prestó un poco más de atención.

Se incorporó y tocó el collar, rozando apenas la piel del escote. Eran unas perlas fabulosas, aunque no entendía demasiado. La idea de que aquella colección de bolitas criadas en ostras pudiera valer semejante fortuna, le mareó. Y Mammie Grace las llevaba en plena mañana, con un vestido casi playero, como si fuera bisutería. Claro que Mammie Grace no tenía por qué ser elegante.

—Estoy segura de que alguien quiere robármelas.

Rock se acomodó en el sofá, junto al sillón de la estrella. El perfume que usaba la hermosa mujer era enervante y a Rock le parecía estar viviendo un sueño del que no tardaría en despertarse.

¿Por qué no avisa a la Policía? Es lo más sensato.

—¿Policía? —Y Mammie compuso un gesto espantado—. ¡Oh, no, policías no!

—¿Qué le sucede? ¿Por qué ese horror? Un collar con semejante valor...

—¡No! —Casi gritó.

Se había inclinado sobre él y le sujetaba la mano con la suya fría y algo húmeda por el nerviosismo.

El muchacho acarició aquella mano abandonada.

—Cuéntemelo todo desde el principio, es lo mejor.

La estrella le abanicó con las pestañas.

—Sí... —Cerró los ojos un momento, para abrirlos casi al instante—. He llegado a Venecia hace dos días para asistir al Festival de Cine. Me alojo en el Hotel Dux, como las otras estrellas del Festival... y he notado que me han registrado el equipaje.

—¿Registrado? ¿Qué quiere decir?

—Alguien ha estado buscando algo que no encontré, eso es lo que quiero decir.

—¿Está segura?

—Naturalmente. Sé cómo dejo mis cosas.

—Pero ha podido hacerlo la doncella...

—Viajo sola, y siempre, ¡siempre! Cierro mi equipaje. No me gusta que las camareras del hotel anden probándose mis ropas o curioseándolo todo.

—Y buscaban el collar.

—Sí; pero lo he llevado puesto día y noche, sin quitármelo. Por eso no han podido robármelo.

—¿Cuándo se dio cuenta por vez primera que le habían registrado el equipaje?

—En París. Hace una semana aproximadamente. Había ido a la Opera con un amigo muy aburrido, y cuando entré en mi dormitorio vi que me habían tocado mis cosas. Las maletas estaban cerradas, sí, pero su contenido no estaba como lo dejé.

—¿No lo denunció a la dirección del hotel?

—¿Para qué?

—Los grandes hoteles tienen su detective, generalmente un ex policía, que cuida el orden.

—No; ya le he dicho que no me gusta la Policía.

—¿Por qué? Toda persona honrada...

—No.

Rock se incorporó y fue hasta su mesa.

—Señorita Grace, como Delegado de la «King Insurance» debo velar por la seguridad del collar que hemos asegurado. Personalmente, prefiero llamar a la Policía cuando todavía es tiempo. Un simple servicio de vigilancia bastará para coger al ladrón en el momento de registrarle el equipaje.

Levantó el auricular, pero Mammie saltó del butacón, precipitándose sobre él.

—¡No, no!

—Tengo miedo de la Policía —añadió en un susurro, con el mismo tono de voz que había empleado para tales momentos en sus cinco últimas películas y que sabía de indudable efecto.

—¿Por qué? —preguntó él, todavía sin soltar la cintura femenina.

Me he criado sin familia y estuve en un reformatorio por hurtar comestibles de un supermercado, en la época en que pasaba hambre. Me cogieron y pasé tres años encerrada, hasta que tuve la mayoría de edad. Cuando salí me juré llegar a la cumbre... y no me he detenido ante nada por abandonar la miseria que me rodeaba. Pero cada vez que oigo el nombre de la policía me pongo a temblar... No me trataron muy bien...

Se apartó y lentamente se dirigió a la ventana, apoyando la frente en los fríos cristales.

Rock la miró de espaldas, admirando su figura plena pero esbelta, y el juego cadencioso de sus caderas y sus piernas. Recordaba todas las películas de Mammie Grace y en aquel momento le parecía estar representando una escena con ella, mientras al otro lado del despacho funcionaban silenciosamente las cámaras.

Miró hacia atrás, pero allí no había nadie: ni técnicos, ni aparatos ni luces. Aquello era una fase real de su vida... a menos que estuviera soñando y que se hubiera quedado dormido mientras veía la revista con las fotos de Mammie Grace.

A veces había leído en las novelas que los protagonistas, para saber si lo que les ocurre es real o un sueño, se pellizcaban a sí mismos. Rock aplicó el pulgar y el índice derechos a su otro brazo y apretó la carne.

Casi estuvo a punto de gritar.

No había duda; el dolor había sido real y tangible, luego lo que

le sucedía también lo era.

Se acarició el lugar dolorido mientras se aproximaba a la hermosa estrella.

—¿Qué espera que haga, Mammie? —preguntó.

Miró también por la ventana al llegar a su altura.

—Quiero que se haga usted cargo de la vigilancia del collar.

—Pero... Yo no puedo estar día y noche a su lado para evitar que le roben, y aunque estuviera dudo que los ladrones me consideraran suficiente protección.

Mammie levantó sus brazos y con rápidos movimientos se despojó del collar.

—Guárdelo usted; eso es lo que quiero.

Rock se retiró, como si el collar abrasase.

—Oh, no, no.

Mammie enarcó las cejas, sorprendida.

—¡Rock! ¿Qué le sucede? ¿Por qué no...?

El muchacho negó, dando otro paso atrás.

—No puedo hacerlo, señorita Grace.

—Oh, Rock. ¿Ya no soy Mammie para usted?

—Desde luego, pero no puedo hacer eso que me pide. No estoy autorizado para hacerme cargo de una joya de tantísimo valor. No he recibido instrucciones de la Central de Nueva York.

—Pero usted representa aquí, en Venecia, a la «King Insurance».

—Claro que sí, pero ya le he dicho que no tengo instrucciones para este caso.

Mammie Grace se aproximó, segura de que las instrucciones las llevaba escritas sobre su cuerpo.

—No irá a decirme que va a ser tan fríamente burocrático, Rock. ¿Qué se ha hecho de nuestra amistad?

El delegado de la Compañía quedó materialmente acorralado entre la pared y la estrella. A pesar de la distancia que todavía les separaba, a Rock le parecía sentir el calor vital de aquel cuerpo prodigioso que iba acortando distancias.

—Tengo verdadero miedo, Rock. Temo que me roben el collar. Por favor, consérvelo en su poder hasta que vuelva a pedírselo. Si me lo roban, la Compañía de usted tendrá que pagarme un millón y sus jefes no se mostrarán muy satisfechos del comportamiento de usted.

Pero aun con la proximidad femenina, Rock supo conservar la cabeza.

—¿Y arriesgarme a que me lo roben *a mí*? —Puso las manos en los hombros femeninos, tratando de apartarla para salir del rincón.

—Eres malo, Rock. Malo conmigo —le tuteó.

—Debes comprenderlo, Mammie. Tengo que pedir instrucciones a Nueva York. En cuanto las reciba, te prometo ir al hotel y hacerme cargo del collar. Estas cosas no pueden hacerse tan alegremente. Yo puedo ser un sinvergüenza, incluso, y quedarme coa tus perlas. No hay testigos de que me las vas a entregar y no podrías demostrarlo jamás. Iré con un notario, te lo aseguro. Redactaremos un documento, comprobaremos que el collar es efectivamente el que has asegurado, y lo llevaré al Banco donde quedará depositado.

—¿No hay ningún procedimiento para que accedas a lo que le pido, Rock? Mírame bien, ¿no puedo convencerte de ninguna manera?

El muchacho, seca la garganta, aún encontró voz para negar:

—No lo hay.

Mammie se dio por vencida y retrocedió.

—Está bien. Ya puedes solicitar esas instrucciones ahora mismo. Esperaré aquí.

Y se dejó caer en el sofá de cuero, alisándose inútilmente la falda.

Pero Rock, una vez recobrado, pidió:

—Vete al hotel, Mammie, y espérame allí hasta que vaya. No sabemos cuánto tiempo necesitaré para obtener instrucciones... y lo que vaya a hablar con mis jefes es secreto, compréndelo.

—¿No te apiadas de mí? ¡Estoy verdaderamente atemorizada!

El rió para infundirle ánimos.

—Eres muy imaginativa. No pasará nada, ya lo verás. Dame los documentos de la póliza y aguarda mi visita, ¿de acuerdo?

Ella abrió el bolso y le entregó un sobre alargado.

—Imaginé que los necesitarías. Ahí está todo lo relativo al collar.

—Buena chica.

Mammie Grace se había ajustado de nuevo el broche al cuello y parecía pasada su crisis.

—Quizá tengas razón, Rock. Te esperaré. No hagas tarde.

—Lo intentaré.

—Cenaremos juntos, en la terraza de mi *suite*. Es un lugar ideal, verás. No hay más luz que la de un candelabro y desde allí se ve solo el mar...

—Sí, Mammie.

Ella se apartó por fin del muchacho y abrió la puerta. Del antedespacho llegó el furioso tecleo de una máquina de escribir.

Rock la vio alejarse, balanceando expertamente el cuerpo. Cuando la puerta exterior se cerró, el delegado de la Compañía se asomó al antedespacho, llamando:

—Venga un momento, señorita Fisher...

Cuando la secretaria entró, él estaba cómodamente sentado tras su escritorio, con las manos entrelazadas y la mirada perdida vagamente en el techo.

El taconeó de Arlene no le distrajo de sus reflexiones. Arlene era como un mueble más de su oficina.

Ella carraspeó para hacerse notar, y Rock descendió de su nube.

—Necesito, señorita Fisher, que llame a la central: una conferencia urgente y pásame la comunicación a este teléfono tan pronto obtenga la conexión.

—¿Algo más?

—No, gracias.

Pero ella no se movió.

—Si me permite, le diré que hay algo sospechoso en este asunto.

Rock parpadeó.

Arlene estaba ante él, erguida, hermosa, juvenil y llena de vida dentro de aquel jersey de manga corta que calcaba sus contornos. Por culpa del escritorio, el cuerpo de la secretaria acababa en las caderas y en aquel instante a Rock le hubiera gustado comprobar cómo eran las piernas de Arlene.

La boca femenina estaba prieta, en un firme gesto de determinación y sus ojos relampagueaban coléricos, proporcionando a su bello rostro una sombría expresión.

—¿Qué es lo que está diciendo, señorita Fisher? ¿Cómo sabe...?

Arlene miró al dictáfono situado sobre el escritorio, cuya palanca estaba inclinada hacia abajo.

—Lo siento; debería usted vigilar mejor su aparato, si no quiere

que me entere de sus conversaciones, señor *Cross*. Pensé que usted deseaba que tomase nota de su entrevista con... Mammie Grace.

Rock casi saltó del sillón.

—¿Quiere decir que lo ha escuchado... todo?

—He transcrito taquigráficamente cuanto hablaron, señor *Cross*. ¿Necesita inmediatamente una copia mecanográfica o lo dejo para la tarde?

Los ojos del muchacho parecían a punto de saltar de sus órbitas.

—¡Traiga inmediatamente su cuaderno de notas! —aulló.

Arlene, aparentemente sin inmutarse, giró en redondo y fue a por lo que le había pedido su jefe. Éste, pese a su cólera, no pudo por menos que admirar el airoso porte de la figura femenina, y la esbeltez de sus piernas perfectas.

Ella volvió con el cuaderno abierto por las páginas donde figuraba cuando Mammie y él habían hablado.

Rock se lo arrebató bruscamente y de un tirón lo rasgó, arrojando los fragmentos a la papelera.

—Y ahora, ponga esa conferencia.

La burla aumentó en los verdes ojos femeninos.

—Si ha de recibir más visitas, señor *Cross*, no estaría de más que se mirara en el espejo del lavabo. Algún cliente podría sacar deducciones que no me favorecerían.

Dejando a su jefe plantado detrás de su mesa, Arlene salió taconeando con firmeza.

Rock masculló una maldición y pasó al lavabo adosado a su despacho, cuya puerta se abría al final de una estantería llena de libros.

En el espejo halló explicación a las burlonas palabras de Arlene. Porque Mammie Grace no usaba lápiz indeleble.

* * *

El timbre del teléfono sonó dos veces y Rock lo tomó.

—¿Sí?

—Rock, ¿eres tú?

Mammie Grace, que estaba tendida en un sofá envuelta en un leve vestido de tonos rosados y con infinito aburrimiento en la voz, dijo:

—Sí; por favor no bloquee demasiado la línea porque estoy esperando la llamada de Nueva York. Hablé con ellos, pero no estaba el director general. Dejé noticia del asunto y prometieron llamarme.

—Rock, es más de media tarde y los canales de Venecia empiezan a ponerse románticos. Rock, estoy aguardándote. ¿Por qué...?

Cross no la dejó continuar.

—Lo tengo todo preparado, Mammie. El notario, el perito en joyas y dos funcionarios del Banco Nacional para hacerse cargo del collar en tu misma habitación, pero tienes que aguardar a que hable con el director general.

—Rock, no he bajado siquiera al comedor para almorzar. Estoy alimentándome de combinados todo el día... —protestó.

—Eso no contribuirá a mejorar tu estado de ánimo. Deja ese vaso que tienes en la mano, levántate y sitúa tu linda persona bajo la ducha. Luego iré yo.

Mammie emitió un gruñido.

—Te obedeceré, Rock. ¿Debo quitarme las perlas cuando abra el grifo?

—¡Oh, Mammie, por lo que más quieras, corta la comunicación!

La vistosa estrella suspiró:

—Está bien, ogro.

Se oyó el «clic» característico y el muchacho miró el micro con aire perplejo, una vez apagada la voz susurrante de la famosa estrella.

En el auricular sonó la voz fría y eficiente de Arlene Fisher:

—¿Ha despachado la línea, señor *Cross*? Tengo la comunicación de Nueva York.

—¡Póngamela, infiernos! ¿A qué espera?

Del otro lado del Atlántico le llegó la voz cultivada y autoritaria del director general. A Rock le asqueaba la pulida suficiencia del jefe, pero estaba bajo sus órdenes y procuró hacer sonar su voz con un tono entre respetuoso y dinámico, justo el matiz exigible a un delegado de la «King Insurance».

Cuando colgó tenía el bloc lleno de notas. Casi al instante se abrió la puerta para dar paso a su secretaria.

—Si no me necesita, señor *Cross*, me marcharé —anunció. Rock

se miró el reloj.

—Nos hemos retrasado casi una hora. ¡Esta maldita conferencia...!

—Buenas tardes, señor. Le he dejado el teléfono conectado con la línea general, por si lo utiliza.

—Gracias, Arlene. ¿Le he estropeado algún plan concreto para esta noche?

Ella se volvió para mirarle por encima del hombro.

—Me queda justo el tiempo necesario para cambiarme antes de acudir al «Palacio del Cine». La película que ofrecen esta noche en el Festival es bastante buena, según creo. Pasaremos una noche estupenda y a la salida iremos a cenar a cualquier restaurante de la plaza San Marcos.

Rock se incorporó, y rodeó el escritorio.

—Habla en plural, Arlene.

—Mi acompañante no es un astro del cine, pero no lo cambiaría por ninguno. Le deseo éxito en la gestión que le queda por hacer.

Y cerró la puerta.

Rock quedó con la boca abierta, sintiendo un calor intenso en las mejillas. Fuera, los pasos de Arlene se perdieron y la oficina quedó silenciosa.

Con una imprecación relativa a las mujeres, tomó el bloc de la mesa, repasó las instrucciones recibidas de la central, y buscó en la agenda los números de teléfono del notario y del Banco para citarlos en el «Hotel Dux».

Acercó su mano al auricular, y en aquel momento sonó el timbre.

Casi se sobresaltó por el agudo campanilleo, y estuvo unos segundos mirándolo mientras sonaba.

Luego lo descolgó.

—¡Rock! ¡Rock, por favor...!

Había un tono muy agudo en aquella voz, casi histérico. Le costó algo identificar a Mammie Grace.

—¡Está aquí, Rock...! ¡Está aquí...! —gritó—. ¡Va a matarme...! ¡Está tirando la puerta...!

Al fin el muchacho recobró el aliento.

—¿De qué hablas? ¡Serénate, Mammie! ¿Qué sucede?

—¡Ven corriendo...!

—¡Mammie! ¡Mammie! —gritó—. Óyeme, Mammie, habla con serenidad. Dime quién te amenaza. Yo iré...

—¡Nooo...! —el grito espeluznante hizo estremecer a Rock, y sintiendo la frente bañada en sudor escuchó el seco chasquido del aparato al ser cortada la comunicación.

—¡Mammie! —Golpeó una y otra vez el pulsador inútilmente, escuchando la señal para marcar.

Luego, lentamente, sintiendo un estremecimiento, dejó el auricular en la horquilla mientras trataba de coordinar las ideas.

Decidiéndose, tomó de nuevo el teléfono y buscó el número del «Hotel Dux», marcándolo.

—Por favor, es un asunto urgentísimo, póngame coa la habitación de la señorita Mammie Grace; represento a su Compañía de seguros. ¡Dese prisa! —pidió en cuanto obtuvo la comunicación.

Mirándose el minuterio del reloj vio que los segundos pasaban. Eran las ocho y veintitrés de la tarde, y la aguja pequeña corría hacia el punto vertical para ganar un minuto más.

—Lo siento, señor. El teléfono de la señorita Grace está ocupado al parecer está hablando por otra línea.

—Óigame, fíjese bien en lo que le digo. A la señorita Grace le ha sucedido algo grave. Estaba hablando conmigo y de pronto se puso a gritar, diciendo que alguien intentaba asesinarla. Avisen a la policía y tiren la puerta abajo para tratar de auxiliarla, si todavía está con vida. Yo marchó hacia el hotel ahora mismo —hablaba atropelladamente, sabiendo que el encargado de la centralita quedaría momentáneamente abrumado, pero que al fin reaccionaría poniendo en marcha la máquina investigadora.

—Muy bien, señor. ¿Cómo se llama usted? —preguntó con serenidad.

—Rockwell Cross, y soy delegado de la «King Insurance». ¡Dese prisa!

Colgó antes de obtener respuesta, y salió del despacho a toda velocidad. En la oficina general no había ningún empleado, salvo el conserje que aguardaba su marcha para cerrar.

—¡No volveré esta noche! —le gritó al pasar a toda velocidad.

El viejo conserje le miró con perplejidad atusándose el blanco bigote garibaldino y diciéndose que nunca comprendería a su jefe.

Una vez en la calle, le asaltó a Rock el turbio olor de Venecia,

una mezcla de humedad y residuos acumulados en el fondo de los canales.

Corrió por la estrecha acera pegada a la fachada, cuidando de no resbalar y caer al agua, y cruzó el primer puente, dirigiéndose a la plaza de Roma.

Allí aceleró aún más su carrera y sólo se detuvo al llegar a uno de los embarcaderos de motoras.

—¡Al «Hotel Dux», en el Lido, rápido! —ordenó saltando a la pequeña embarcación.

El conductor puso en marcha el motor, que petardeó a popa y preguntó, volviéndose hacia el muchacho, en cómico inglés con acento veneto:

—*¿American tourist?*

Rock sacudió la mano en el aire, replicando en correcto italiano:

—Oh, no, no. Vivo en Venecia hace años. Dese prisa en llegar al «Hotel Dux»... y le pagaré como si fuera un turista auténtico.

La rápida motora se lanzó por el Gran Canal hacia la isla del Lido, el más mundano centro de recrea del Mediterráneo. El sol, hundido en el horizonte, daba a las aguas un tinte siena, de película en color.

CAPÍTULO II

Había una lancha de la policía a la puerta del fastuoso «Hotel Dux», y en el *hall* alfombrado, Rock vio a varios carabinieri junto a la oficina de recepción.

Dos fotógrafos acompañados de un carabiniere se dirigieron a uno de los ascensores, y Rock fue tras ellos, suponiendo que le llevarían a la habitación de Mammie.

No le cabía duda de cuál había sido el final de la infortunada estrella.

En el pasillo donde estaba situada la *suite* de la actriz se agrupaban varios curiosos en torno a una puerta, defendida por una pareja de carabinieri. Éstos, al ver a los fotógrafos, hicieron el saludo y les dejaron pasar. Rock, que iba con ellos, entró también sin que le interceptaran el paso.

Se encontró en un salón de amplias proporciones, lujosamente decorado, que tenía dos tresillos, un canterano, un mueble bar y televisión. Una puerta conducía a una antesala de reducidas proporciones donde se apiñaban varias personas.

Al llegar los fotógrafos, una voz autoritaria ordenó:

—Despejen esto y no molesten a los fotógrafos. Ustedes, no dejen un solo centímetro sin fotografiar. Quiero tener en mi despacho hasta el menor de los detalles. Forense, cuando termine reúnanse conmigo en el salón. Tiene que darme un informe previo.

La antesala se vació y cuatro individuos vestidos de paisano salieron al salón. El que daba las órdenes era más bien bajo y grueso, con una papada muy burguesa bajo la barbilla y manos nerviosas que se agitaban en el aire a cada momento. Sus agudos ojos negros iban de un lado a otro, fijándose en todos los detalles. Los tres que le acompañaban debían ser ayudantes, a juzgar por su

juventud y por su obsequiosidad para con el jefe.

Dentro empezaron a estallar los fogonazos del *flash*, y Rock se preguntó cuánto duraría aquello.

—¡Eh, usted! ¿Quién es? ¿Qué hace aquí? ¿Cómo ha entrado?

Las tres preguntas sonaron como una sola, dicha en tono chillón.

Rock avanzó dándose a conocer.

—Soy el delegado de la «King Insurance», la Compañía que cuida de los asuntos de la señorita Grace. ¿Qué le ha sucedido?

—Está muerta —los cuatro hombres le miraron con suspicacia—. Usted fue el que llamó por teléfono —dijo el jefe.

—Sí. ¿Cómo ha muerto la señorita Grace?

Uno de los jovenzuelos avanzó un paso, apretando los puños.

—No haga preguntas. Límitese a responder cuando el comisario Barolini le interroge.

El comisario entornó los ojos.

—¿Por qué ha burlado la vigilancia de los carabinieri?

—No la he burlado, comisario. Entré sin que nadie me lo impidiera. Y si he venido ha sido por ayudar en lo posible a la investigación. Recibí una llamada de Mammie Grace unos segundos antes de que la asesinaran...

Barolini pareció interesado.

—¿Cuándo fue eso?

—Exactamente, las ocho y veintitrés.

—¿Qué le dijo ella?

—Apenas nada. Estaba muy asustada. Alguien pretendía echar abajo su puerta, al parecer, para asesinarla. No me dijo quién era... No tuvo tiempo... Alguien cortó la comunicación antes...

—¿Por qué le llamó a usted al verse en peligro? Era más lógico avisar a la policía.

—Ella contaba en mí.

—¿Antiguos amigos?

—Hoy nos conocimos.

—Vaya.

Había burla en la voz de Barolini.

El forense salía en aquel instante con el maletín en la mano.

—La muerte fue por estrangulación, comisario, como si alguien le hubiera apretado en torno al cuello con algo nudoso... Tengo que examinar mejor las marcas, pero juraría que fue con un collar...,

aunque no lo lleva puesto.

Rock saltó.

—¡El collar! ¡Cielos, el collar!

Y sin pensarlo más corrió hacia el dormitorio de la bella Mammie.

Barolini lanzó una maldición y los tres ayudantes corrieron detrás del muchacho.

—¡Deténgase!

Rock cruzó como una exhalación la antesala, por entre medio de los aparatos de los fotógrafos, y penetró en el dormitorio.

Habían arrancado la cerradura de un golpe, sin duda.

Se detuvo en el centro de la alcoba, en cuyo ambiente flotaba el perfume de la estrella que le había embriagado aquella mañana. En la antesala, los fotógrafos se pusieron a protestar:

—¡No pueden pasar! ¡No pueden pasar! ¿Es que no se dan cuenta que van a destrozarnos los aparatos?

Rock avanzó por el alfombrado dormitorio hasta los pies de la cama.

Mammie yacía al otro lado, con su bello y largo cuerpo extendido al pie de la mesita de noche. La vaporosa negligé apenas la cubría, y su diestra aferraba todavía angustiadamente el blanco auricular del teléfono, caído junto a ella.

Su rostro causaba horror, amoratado y contraído por la asfixia. En la muerte que había encontrado no había nada bello, y ningún triunfo de su vida compensaba aquel espantoso final.

Se arrodilló, tocando la tibia piel, que se enfriaba rápidamente. En el cuello, las marcas circulares de las perlas mostraban el medio empleado por el asesino para matar. Un instrumento que había costado un millón de dólares.

Había un hilo de recio nylon asomando entre los cabellos, como si el collar se hubiera roto con la presión, y al rozar el hombro del cadáver una bola redonda se deslizó de entre el escote a la alfombra.

Una perla.

Rock la tomó al tiempo que entraban los ayudantes del comisario en el dormitorio.

—¡Maldito sea! ¡Esto le va a costar caro!

El muchacho se incorporó, deslizando cuidadosamente la perla

en su bolsillo, irritado por la brusquedad de los jovencuelos.

—El collar ha desaparecido —ululó, pensando en que su Compañía tendría que hacer frente al Seguro.

Barolini apareció en la puerta.

—Sáquenlo de ahí de una maldita vez.

Los tres ayudantes le tomaron de los brazos para obligarle a salir, pero Rock se los sacudió de encima.

—Está bien, muchachos. No me pongan las manos encima.

Y se dirigió al salón, cruzando por entre los trípodes y las cámaras de los fotógrafos que fotografiaban la antesala.

Una vez en el salón, Barolini le escrutó con sus agudos ojos.

—Cuénteme todo lo que sepa, sin olvidarse nada.

—Ésa era mi intención, comisario. Puedo darle los motivos del crimen y algunos antecedentes, a cambio le pediré su ayuda para recuperar el collar. Es mi obligación evitarle a mi Compañía el pago de un millón.

Y le explicó la visita de Mammie a su despacho y la conversación mantenida en términos generales.

Cuando terminó, Barolini tenía la frente llena de arrugas. Sus ayudantes ofrecían un aspecto fosco, pero el comisario parecía amistoso.

—Condenadas joyas —dijo al cabo de un rato—. Mi mujer sólo tiene bisutería y vive tan feliz. ¿De qué sirve un collar de un millón?

—Hay mujeres que los necesitan.

—¿Tiene usted una descripción de esa joya? La necesitaremos para buscarla.

—Poseo algo mejor, comisario: una fotografía adosada a la documentación del Seguro —y sacó el sobre que le entregara aquella mañana Mammie.

Barolini examinó la póliza y luego la foto.

—Al asesino no le será difícil deshacerse de este collar. Las perlas resultan relativamente fáciles de negociar.

—Imagino que cuando llegaron ustedes el asesino se había esfumado.

—Así es.

—¿Han comprobado por dónde entró?

—Por la puerta, es claro. En todos los hoteles hay una llave

maestra que abre todas las puertas. Es lógico pensar que el asesino se valió de una de ellas, y que luego, al encerrarse la víctima en el dormitorio, pasando el pestillo, tuvo que romperlo para entrar.

Guardaron silencio unos instantes. Los fotógrafos habían pasado al dormitorio y tiraban allí sus placas. La puerta que daba al pasillo se abrió y entraron dos sanitarios con una camilla.

—Aguarden ahí a que terminemos —ordenó Barolini. Luego se volvió hacia Rock—: ¿Dónde adquirió la víctima el collar?

—No lo sé, pero lo preguntaré en la central de la Compañía. Es posible que allí tengan más datos.

—Le agradeceré me los facilite.

—Con mucho gusto. Puede contar conmigo para lo que guste: ardo en deseos de recuperar el collar y éste sólo aparecerá si cazamos al que lo robó del cadáver de Mammie Grace.

—¿Cuál es su dirección?

Rock la dio y uno de los ayudantes se apresuró a tomarla en una agenda.

—Ahora, puede marcharse si gusta. Dentro de unos momentos nos marcharemos nosotros también. Los muchachos están terminando con su trabajo.

Cross estrechó la mano que le ofrecía el comisario y salió de la *suite* donde Mammie Grace había encontrado un final de película de suspense.

Se abrió paso por entre los curiosos y bajó a la planta baja del «Hotel Dux». Por todas partes se oían los mismos comentarios respecto a la noticia de la muerte de la estrella, y en la oficina de recepción los carabinieri sostenían dura batalla con los reporteros y enviados especiales al Festival del Cine, que deseaban subir a la *suite* de Mammie Grace.

Rock contempló todo aquel bullicioso mundo del cine que se agitaba en las proximidades del bar. Vio varios rostros conocidos a través de las pantallas, pero no sintió la misma emoción que había experimentado aquella mañana a la vista de Mammie. La muerte de ésta parecía haberle insensibilizado bastante.

Se detuvo y encendió un cigarrillo. Cuidadosamente, observó el grupo de estrellas, magníficamente vestidas como para una recepción, con rutilantes trajes de noche y fulgentes joyas. Allí estaba la morena Joan Eddy, otra *vamp* de Hollywood; la francesa

Anouk Segal, una especie de Venus de la *nouvelle vague*, entre cínica y perversa; la jovencísima Birgitt Lehmann, cuyo nombre había rodado por las revistas alemanas unido escandalosamente a un famoso magnate del Ruhr que la había aupado al puesto que ocupaba; y las italianas Milena Falconi, larga y perezosa como una pantera negra, pero llena de vida y de furor, y Annamaría Zinni, de la que últimamente se habían ocupado los cronistas romanos por sus extravagancias en la mundanidad de los cabarets negros de Roma...

Había también varios tipos de sonrisas luminosas y acicaladas mejillas, que le parecían vagamente familiares por haberlos visto en alguna ocasión en el cine, así como otros cuyo aspecto orondo y satisfecho les anunciaba como productores.

Resuelto, arrojó la cerilla que había mantenido ante su cigarrillo y entró en el bar. No había nadie en él porque la clientela estaba a la puerta, mirando hacia la escalinata por la que esperaban ver pasar el cadáver de Mammie Grace.

El camarero se le acercó solícito, y le encargó un *whisky*, al tiempo que escalaba un taburete.

—Pobre chica —comentó el camarero—. ¿Usted la conocía? Cuando entraba en algún sitio parecía que encendían las luces. Dicen que se ha tomado un tubo de somnífero porque se estaba volviendo vieja. ¿Usted lo cree posible? Yo no. La he tenido a la distancia que está usted, y puedo jurar que tenía un rostro perfecto... y todo lo demás, por supuesto. Pero la gente es mala y le gusta humillar, incluso a los muertos. Lo que yo le digo es que más de una estrella se habrá alegrado de su muerte. Mammie Grace tenía demasiada personalidad, y es que sólo podía existir una Mammie Grace.

Rock le sonrió.

—Opino como usted y celebro encontrar a alguien sensato en Venecia. Pero no crea todo lo que le vayan diciendo: Mammie ha sido asesinada.

El camarero se sujetó al mostrador, y su rostro chupado perdió el color.

—¡Asesinada...! —jadeó.

—Sí; acabo de ver su cadáver. No presentaba muy buen aspecto... después de haberla conocido al natural. Una mujer nunca

está hermosa después de haberla estrangulado.

—¿Estrangulada? —El camarero parecía seriamente afectado—. ¡Santa Madonna! ¡Qué canalla le habrá hecho...! Oiga, ¿cómo le han dejado pasar a la habitación de ella?

—Era amigo de Mammie: represento a la Compañía de Seguros que le había extendido las pólizas. Por eso el Comisario Barolini me permitió entrar.

—¿Quién lo ha hecho?

—No se sabe, pero yo creo que alguna persona a la que ella conocía bastante.

—¿Quiere decir... alguna de las personas del Festival?

Rock pensaba en que Mammie no había sido completamente clara en su conversación de aquella mañana. Temía por su collar y su voz daba a conocer que no pensaba en ladrones desconocidos, sino en alguien cuya identidad sabía; no había acabado de creer que su pasado era la causa de que no avisase a la policía. Visto su final, no podía por menos que sospechar que ella no había sido completamente sincera...

—Gabe dentro de lo posible.

El camarero miró el muro de espaldas situado ante la puerta del bar.

—Yo sé quiénes eran sus amigos; al menos, quién frecuentaba su trato. Era lo que Rock esperaba escuchar.

—¿Sí?

—El primero, Chucho Zayas.

—¿Quién es... Chucho Zayas?

—Un periodista sudamericano. A cada momento está diciendo que es enviado especial de una cadena de periódicos del Continente Americano. Es un tipo vanidoso y estúpido que necesita siempre un espejo cerca para mirarse el bigote. No sé por qué se cree con atractivo para las mujeres... y el caso es que ellas le dan la razón, dejándose caer en sus brazos. ¡Puerco tipo! —Pareció escupir—. Mi empleo aquí es bastante bueno para perderlo dándole unos puñetazos.

—¿Dónde lo encontraré?

—Pegado a las faldas de una mujer; da igual que sea joven o vieja, guapa o fea: lo admite todo.

—¿Alguno más?

—También vi a Mammie en compañía de esa alemana tan infantil, Birgitt Lehmann creo que se llama.

—La he visto ahí fuera.



El camarero se pellizcó el labio inferior, reflexivamente.

—Anoche, Mammie regresó muy tarde, casi cuando amanecía. Iba muy bebida y descompuesta, pero tenía un aspecto arrebatador.

La acompañaba Milena Falconi que reía las naderías de un conde calabrés que las acompañaba. Milena parecía también buena amiga de Mammie, pero ésta tenía aburrimiento y tristeza aun con su embriaguez. Entre Milena y el conde la subieron a su habitación.

Fuera, en el *hall*, hubo un colectivo movimiento de interés y un súbito silencio. Rock supo que estaban pasando el cadáver de la estrella y apretó los puños. Cuando los camilleros hubieron desaparecido con su fúnebre carga, los curiosos entraron en el bar en tropel.

—¡Un *whisky*, camarero! —gritó una voz con acento sudamericano—. Quiero brindar por una mujer hermosa.

Rock se volvió levemente para mirar con fijeza a Chucho Zayas, acodado junto a él en el mostrador. El camarero le envió una rápida mirada, como presentándole al fatuo periodista americano, y Rock asintió, comprendiendo.

Zayas respondía al retrato hecho por el barman. Mientras éste le servía el *whisky*, Chucho Zayas se acarició tres veces el negro bigotillo trazado meticulosamente sobre su grueso labio superior. Tenía las sienes levemente blancas por unas canas artificiales que sabía de indudable efecto entre las mujeres. Annamaría Zinni le sonrió con todo el rostro y Zayas se inclinó versallescamemente.

—Estará usted desconsolado con la muerte de la pobre Mammie —dijo ella con desenfado.

—No, si usted sigue mirándome. Es usted mucho más hermosa.

—Pero usted la prefirió a ella. ¿No iba a ser su pareja esta noche?

—Oh, no, no. Y si no me he acercado a usted, Annamaría, ha sido porque la vi muy acompañada por ese productor... ¿Cómo se llama? ¡Ah, sí, Floyd Milstein! ¿No es así?

—Va a llevarme a Hollywood —asintió la italiana.

—Allí me encontrará —aseguró Zayas, mirándola sin recato, resbalando su mirada por el contorno femenino—. Yo haré de usted la estrella número uno de América... si me lo permite. Veinte millones de lectores la conocerán a usted mejor que a sus propias esposas... y la amarán mucho más.

Annamaría se acarició las caderas, alisándose el vestido amarillo que la cubría desde mucho más abajo que los hombros. No dejaba de sonreír y sus ojos oscuros admitían todos los proyectos del

periodista.

Éste la tomó del brazo y Rock sintió asco de todo aquello.

—Pero ha de prometerme que Floyd Milstein no significa nada para usted —añadió.

—Será mi productor.

—Sólo eso.

Ella echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada que llenó el bar.

—Dicen que Floyd Milstein tiene una esposa muy celosa, una condesa inglesa sumamente puritana pero cargada de millones. Esté tranquilo, Chucho. Milstein no cometerá ningún error conmigo.

Rock escuchaba la conversación mirando al fondo de su vaso donde oscilaba un dedo de *whisky*. Parecía por completo ajeno a lo que ocurría a su alrededor y, sin embargo, captaba todas las conversaciones, familiarizándose con el desenfadado sistema de vida de la gente del cine.

Birgitt Lehmann se despegó del extremo del mostrador y se dirigió recto al grupo formado por Annamaría y el periodista sudamericano. Era como una aparición surgida de cualquier leyenda nórdica. No era muy alta ni su contorno presentaba la generosidad de las otras estrellas, pero estaba prodigiosamente proporcionada y resultaba un juguete muy caro. Birgitt era jovencísima, quizá no habría cumplido los diecisiete, pero en sus ojos azules y en su hociquito rosado había tanta experiencia que los hombres no podían dejar de advertirlo. Su cabello pajizo lo llevaba partido en dos y le caía sin una onda a ambos lados del rostro que parecía así oculto tras unas cortinillas.

—¿No vamos a ir nunca a esa fiesta? —preguntó en un italiano pintoresco que hizo reír a Annamaría.

—Sí, querida. No tardarán en llegar las motoras, según creo. ¿Os conocéis?

Birgitt dio un papirotazo en el brazo de Zayas.

—¿Quién no conoce a Chucho? Pero cuidado con él, Annamaría, o perderás la cabeza.

Riendo, la alemana se alejó con leve contoneo que ponía en evidencia su juvenil hermosura con aquel vestido rojo que la convertía en una muñeca.

En aquel instante, fuera, se escuchó un grito:

—¡Han llegado las motoras!

Las estrellas y sus acompañantes abandonaron el mostrador y salieron del bar. Anouk Segal, con su pelo rojizo sirviéndole de echarpe sobre el desnudo escote, preguntó al pasar al lado de Rock:

—¿Dónde está Milstein? ¿Alguien le ha visto?

Un galán francés rió:

—¿Has perdido a tu pareja, Anouk? Cuando Milstein no aparece es que está *muy* ocupado.

El ruidoso grupo salió del bar, y el camarero dejó de recoger los vasos para reunirse con el muchacho.

—Ya los ha visto: forman un grupo muy brillante, pero saben destrozarse muy bien entre sí.

—¿A dónde van?

—¿No se ha enterado? Les han ofrecido una fiesta en el Canal Grande, sobre una docena de góndolas bellísimas y muy adornadas. Les darán primero un banquete y luego, por parejas o como ellos quieran, se dispersarán por las góndolas. Les han preparado cajas de champaña y fiambres en las cabinas de las embarcaciones, y varias orquestas interpretarán música romántica... Una verdadera fiesta, amigo. Yo lo sé porque estuve sirviendo un banquete de éstos. Los Canales de Venecia, el champaña y la luna forman un cóctel muy peligroso para quien desea mantener firme la cabeza. Pero ninguna de esas estrellas se esforzará demasiado.

Rock pagó la consumición y bajó del taburete.

—Gracias por todo.

—¿Le ha servido de algo lo que le he dicho? Me gustaría que cogiesen al asesino. Si yo puedo serle útil...

—Lo será, si mantiene los oídos abiertos.

—¡Oh, sí, lo haré! ¿A qué número puedo llamarle?

Rook sacó una tarjeta de visita y se la ofreció al camarero. Éste correspondió, diciéndole:

—Me llamo Stéfano, y a cualquier hora me encontrará en el hotel. Vivo aquí.

El muchacho salió del bar y luego del Hotel Dux. Pero aquélla no iba a ser una noche vulgar.

CAPÍTULO III

Una vez en la plaza de Roma, Rook se entretuvo en mirar aquella parte de la vieja Venecia, llena de romanticismo y encanto. Una mujer hermosa había muerto violentamente en el aristocrático Lido, muy cerca del Palacio del Cine donde al día siguiente se proyectaría una película interpretada por ella y que atraería morbosamente a cientos de espectadores. El Festival del Cine continuaría su marcha, insensible al drama; incluso, la muerte de Mammie Crece le daría nuevo impulso publicitario, y el nombre de Venecia y su Festival sería citado en los periódicos de todo el mundo. No cabía duda que la muerte de la estrella beneficiaría a los organizadores del certamen.

Con las manos en los bolsillos, el muchacho repasó los acontecimientos de aquel día, para llegar al instante en que vio a Mammie tendida en su dormitorio, con una mueca de horror. Si la conferencia de Nueva York no se hubiera demorado tanto, posiblemente habría conseguido evitar la muerte de la hermosa. Pero cada cual tenía marcado su destino.

Aquello le recordó súbitamente al notario, al joyero y a los empleados del Banco Nacional, que continuarían esperándole.

Casi saltó ante el recuerdo, y miró en torno buscando un teléfono desde el que avisarles que el trabajo no se llevaría a cabo.

No vio ningún teléfono público, y luego pensó que el joyero no viviría lejos de allí, de modo que se puso a caminar a toda la velocidad posible. Desde que había llegado a Venecia, destinado por la Central para regentar aquella Delegación, había tenido que usar demasiado sus piernas para trasladarse de un lado a otro de la ciudad de los Dux ya que en ella no podían circular ninguna clase de vehículos que no fuesen acuáticos. En Venecia no había calles

por las que transitar una circulación rodada. Las calles eran los innumerables canales que serpenteaban por entre las casas, y sólo pegadas a las fachadas había estrechas aceras por las que ir a pie. Por eso, el único vehículo útil en Venecia eran las motoras a Las góndolas.

Cruzó un puente de madera resonando sus pasos y apenas miró a las aguas surcadas por silenciosas góndolas donde los turistas encontraban la excitación romántica que iban buscando.

La joyería de Vazzola tenía los escaparates iluminados todavía. Rock empujó la puerta, sonó una suave campanilla y Vazzola alzó la cabeza dejando de atender a dos turistas alemanes, de epidermis enrojecida por el sol latino.

—¡Válgame el cielo, señor *Cross*! ¡Tenía un compromiso y lo he dejado por usted! —exclamó, pulsando un timbre a cuyo sonido apareció un empleado de blanca bata.

Vazzola rodeó el mostrador y fue al encuentro de Rock, dejando a los turistas en manos de su empleado. El dueño de la joyería era un hombrecillo pequeño y nervioso, con nariz levemente judaica y ojillos hundidos. Peinaba escasos cabellos, y éstos los conservaba cuidadosamente pegados al cráneo.

—Dispéñseme, pero ha sucedido algo horrible. ¿Podemos entrar en su despacho?

El joyero le franqueó la puerta, encendiendo la luz, y el muchacho se encontró en el despacho de Vazzola, cuyo escritorio estaba repleto de bandejas con joyas.

—¿Qué ha ocurrido?

—Han asesinado a mi cliente y le han robado el collar —confió, dejándose caer en un sillón de cuero.

Vazzola hizo chasquear la lengua, y empezó a recoger las bandejas en una enorme caja fuerte que se alzaba en un rincón.

—Ha tenido mala suerte.

—Muy mala, sí. Un collar que valía un millón. Esta mañana lo tuve en mis manos, pero por ser demasiado legalista no me lo quedé en custodia. Preferí esperar las instrucciones de Nueva York... y ya ve el resultado.

—No se atormente. Yo hubiera hecho lo mismo que usted: era demasiada su responsabilidad, y los ladrones se lo hubieran arrebatado a usted. Con la diferencia de que usted estaría muerto

ahora en lugar de esa mujer. ¿Ya ha avisado al notario y al Banco?

—Utilizaré su teléfono, si me lo permite.

Alzó el auricular y llamó dos veces, rescindiendo el compromiso. Tuvo que justificarse por la tardanza, y cuando colgó las bandejas habían desaparecido de la mesa. Vazzola, en pie, le miraba con interés.

—¿Una copa, señor *Cross*? Creo que la necesita.

—Sí, gracias. No ha sido agradable ver el cadáver. La asesinaron con el mismo collar, pero al asesino debió rompersele porque encontré un hilo de nylon en el cuello de Mammie... y esto.

Sacó la perla encontrada en la negligé de la estrella y la dejó sobre la mesa, donde rodó unos centímetros.

—Es cuanto ha quedado de un collar que vale un millón. Dígame si no es lastimoso lo sucedido.

Vazzola tomó la perla y la miró, haciéndola girar entre sus dedos. Luego encendió un flexo muy potente y se aplicó al ojo derecho una lupa de joyero.

—Una perla hermosa, ¿eh, Vazzola? —comentó Rock.

El joyero no respondió de momento, y luego preguntó:

—¿Pertenece al collar de Mammie Grace?

—Desde luego.

—¿Cómo lo sabe?

Rock parpadeó ante aquella pregunta.

—Tuve esta mañana el collar al alcance de la mano. No podría olvidar el color de esas perlas en toda la vida. Además, la he encontrado entre las ropas del cadáver... Debió quedar allí, cuando al asesino se le rompió el nylon que unía las perlas... Vazzola se retiró la lupa del ojo.

Luego se volvió hacia la caja de caudales, la abrió y sacó una bandeja donde estaban alineadas una enorme colección de perlas, clasificadas por tamaños.

—Vea, señor *Cross*. La más cara de estas perlas vale mil liras la unidad.

El muchacho se incorporó lentamente.

—¿Qué... quiere decir?

—Sencillamente esto: si esta perla que me ha dado pertenecía al collar de Mammie Grace, no era ninguna joya. No valía un millón de dólares, sino a lo sumo cien.

Rock tuvo que sujetarse al escritorio para no caer.

—Está bromeando.

Vazzola dejó la perla del collar de Mammie sobre el tablero.

—No puedo bromear en algo tan grave. Es una perla falsa. Hay muchas de éstas en el mercado, pero se venden como bisutería, nunca como auténticas. Sólo podrían engañar a un profano.

El muchacho se pasó una mano por la frente.

—¡Cielos...!

El joyero prosiguió:

—¿Dice que tomó esta perla de las ropas de la señorita Grace?

—Sí.

—¿Y se lo consintió la Policía?

—Ellos no me vieron.

Vazzola respingó.

—¿Está usted en su sano juicio, señor *Cross*? ¿Se da cuenta de lo que ha hecho? ¿Qué pretendía sustrayendo una prueba en las mismas narices de la Policía?

—Ni yo mismo lo sé. Se debió a las circunstancias. Estaba demasiado excitado ante la idea de que habían asesinado a Mammie Grace para robarle el collar, y entré en su dormitorio. Luego encontré la perla y en aquel momento se abalanzaron sobre mí los ayudantes del Comisario... No puedo decir por qué la deslicé en mi bolsillo... Quizá me enfureció la fatuidad de aquellos tipos.

—Un mal asunto —pronosticó gravemente el joyero, recogiendo la bandeja de las perlas.

Sobre el vacío escritorio, quedó la perla del collar de la estrella, como un maligno ojo que se burlara de Rock.

—¿Está... seguro, Vazzola?

—¿De si es falsa? Amigo mío, a los doce años empecé a trabajar en perlas y casi tengo setenta. No puedo equivocarme. Ni siquiera uno de mis aprendices se equivocaría.

El muchacho se mesó los cabellos.

—No tiene sentido. Mammie tenía miedo de que le robaran el collar, y ha sido asesinada para arrancárselo de su garganta. ¿Se concibe que ocurriera de ser falso el collar?

—Quizá el asesino no lo sabía.

—Pero ella, sí, ¿no cree? Una mujer sabe siempre cuando luce una joya auténtica o falsa.

—¿De dónde obtuvo ella ese collar? Podía ser regalo de un admirador... que se burló de ella.

—Ignoro sus orígenes, pero Mammie aseguró el collar y mi Compañía admitió el seguro. Puede jurar que en Nueva York consultaron con un experto para hacer una valoración exacta de las perlas. Si la Compañía las valoró en un millón, es que lo valía.

Vazzola señaló la perla.

—Puede consultar con otro joyero, si le parece, señor *Cross*.

—¿Para qué? Sé que no ha habido error en su tasación —se incorporó y respiró ruidosamente—. Esto abre nuevas perspectivas a la investigación.

—En efecto... —asintió el joyero—. ¿Qué piensa hacer? Me refiero a la policía, claro está. Si les oculta este dato ellos caminarán por una pista falsa, y si les confiesa lo que ha hecho se verá en un lío muy grave: posiblemente le expulsarán del país, si tiene suerte, y no creo que a su Compañía le haga feliz un escándalo de esa índole. Lo más seguro es que pierda su empleo... —Había lástima en su voz—. Lo siento de verdad, señor *Cross*.

Rock también lo sentía. Es más, le preocupaba, y se daba cuenta de que nada de lo que hiciera podría sacarle del apuro. Podía silenciar que había tomado la perla de las ropas de Mammie, pero tarde o temprano aquellas cosas se sabían... y las consecuencias serían todavía más graves.

—¿Será mucho pedir que me guarde el secreto durante algún tiempo, Vazzola?

El joyero le tendió la mano.

—Somos amigos, ¿no? De mis labios nadie sabrá una palabra... nunca. Pero no creo que eso baste. Buena suerte, señor *Cross*.

Cuando dejó la joyería miró por un momento las oscuras aguas del canal que discurría ante el negocio de Vazzola. Tenía en el hueco de la mano la perla, acariciándola dentro del bolsillo, y tuvo deseos de arrojarla a las aguas y olvidarse definitivamente de aquel asunto.

Pero no lo hizo. Recordaba demasiado el rostro contraído de Mammie Grace, cuyo asesino estaría a aquellas horas, posiblemente, divirtiéndose en el Gran Canal, en cualquiera de las góndolas aptas para el amor.

Hinchó el pecho, llenándolo del aire húmedo de Venecia, y

caminó pegado a las fachadas, tratando de imaginar una solución a su problema.

El motoscafo que hacía el trayecto regular del Gran Canal sonó detrás de él, y apresuró el paso para llegar a la parada a tiempo de tomarlo. El tranvía acuático se detuvo con un resoplido de sus motores, y Rock subió a su cubierta, acomodándose en un asiento. Una parte del motoscafo iba ocupado por los venecianos que salían de sus trabajos y se dirigían a sus hogares, pero la otra parte estaba repleta de turistas que se apiñaban en ansioso grupo en torno a su guía que en tres idiomas, y a velocidad fantástica, iba describiendo el itinerario, citando los palacios que se alzaban a ambas orillas del Canalazzo.

Poco antes de llegar al Puente de Rialto, Rock vio numerosas góndolas con faroles venecianos en su parte más alta, que ofrecían vistosas guirnaldas. Una embarcación mayor, brillantemente iluminada, estaba en el centro de aquel núcleo de góndolas, y en tres embarcaciones más pequeñas se veían a otras tantas orquestas, que se turnaban en la interpretación de música apropiada a la fiesta.

El muchacho recordó la recepción que se ofrecía a las estrellas del Festival y siguiendo un súbito impulso se incorporó para descender en aquella parada. El motoscafo siguió su trayecto y él quedó a un lado del puente de Rialto mirando, al igual que numerosos curiosos, la rutilante fiesta que tenía lugar sobre las aguas.

Al pie de la escalinata que conducía a las aguas del Canal se alineaban varias góndolas. Rock subió a una de ellas, y el gondolero enarboló la larga pértiga del remo, aguardando solícito las instrucciones.

—Me gustaría ver de cerca cómo se divierten —dijo el muchacho.

—Oh, sí, señor.

La ligera embarcación se despegó de la escalinata y en unos instantes bogó rápida hacia la agrupación de góndolas engalanadas.

Rock se aproximó al gondolero.

—Vaya despacio —ordenó.

Como un ágil animal acuático, la góndola cortó las aguas, rozando casi las destinadas a los invitados a la fiesta. Éstos se

encontraban en la cubierta del barco mayor, donde unos camareros de etiqueta servían el banquete. Las góndolas, naturalmente, estaban vacías, pero se adivinaba las camaretas dispuestas para la intimidad de un paseo inolvidable por los misteriosos canales.

Al cruzar ante el barco, identificó a los invitados. Allí estaban todas las estrellas que había visto en el Hotel Dux, mas algunas que se habían añadido después. También se encontraban diversos galanes del cine y otros personajes que no conocía.

—¿Busca a alguien, señor? —preguntó el gondolero.

—Quizá, pero no podré encontrarlo hasta que terminen de cenar.

—No tardarán —aseguró—. Van muy rápidos y además en las góndolas hay viandas y champaña.

—Aguarde aquí; esperaremos.

Durante varios minutos estuvieron inmóviles, a poca distancia del lugar de la fiesta. Desde allí se podían escuchar las carcajadas femeninas y el tintineo de las copas. Una música suave llenaba de tiernas añoranzas los corazones, y conforme avanzaba la noche los curiosos iban desapareciendo.

Al fin, los invitados empezaron a levantarse. Las primeras parejas descendieron del barco para ocupar las góndolas, y éstas se deslizaron rápidamente fuera del reflejo de los focos.

Rock vio la figura de Birgitt Lehmann descendiendo por las escalerillas y en aquel instante le acudió la idea que esperaba.

Inclinándose hacia el gondolero, le preguntó:

—¿Es usted capaz de provocar un choque con su góndola?

—¿Con qué fin?

—Deseo desembarazarme de un galán. Le daré cinco mil liras de recompensa.

La sonrisa del gondolero brilló en la noche.

—Me gusta ayudar a los enamorados. Usted avisará.

—Es la pareja que baja de la embarcación. El me estorba. Un baño le refrescará y le eliminará de la competición —concluyó, deslizando unos billetes en la mano del gondolero.

—Déjelo de mi cuenta.

Manejó la pértiga, y la góndola se movió silenciosa. Birgitt había llegado a su góndola, y al poner el pie en ella se balanceó. Su acompañante, un pegajoso galán francés, extendió el pie para

apoyarlo en la borda, pero la góndola que conducía a Rock, golpeó bruscamente la ocupada por la actriz alemana.

Ésta perdió el equilibrio, cayendo sentada, y el galán se fue a las negras aguas del Gran Canal.

El otro gondolero lanzó una interjección y abandonó el remo para auxiliar a su pasajero. Rock se incorporó dedicando una sonrisa a su ocasional ayudante y saltó a la otra embarcación.

Birgitt continuaba sentada cuando el muchacho se inclinó sobre ella.

—Perdóneme; lamento haber sido la causa de esta catástrofe. ¿Se ha hecho daño? —preguntó en alemán.

Ella le miró con curiosidad.

—¿Quién es usted?

—El viajero de la otra góndola.

—Usted no es el culpable de lo ocurrido. Gracias.

Y se incorporó, apoyándose en las manos de Rock. Éste las retuvo cálidamente.

—La había visto en el cine, pero no la suponía tan hermosa, Birgitt.

Ella se volvió hacia las aguas.

—Creo que deberíamos auxiliar a ese pobre muchacho.

Pero el gondolero le había alargado ya la pértiga, a la que se aferraba el galán con todas sus fuerzas.

Un minuto después estaba a bordo, maldiciendo desconsideradamente. Su «*smoking*» estaba hecho una ruina, y él mismo se encontraba descompuesto.

—¡Puerca ciudad! —Gruñó—. ¿Quién ha sido el imbécil que me ha arrojado al agua?

—Mi gondolero falló la maniobra —explicó Rock—. Le ruego le disculpe.

—¡Ese idiota! ¡Le voy a partir las narices!

Pero Birgitt le retuvo.

—Cálmate, Jean. No te favorece nada eso. ¿Por qué no vas al hotel a cambiarte de ropa? Cogerás un resfriado si no te das prisa.

Otra góndola había acudido al lugar del suceso, mientras la que había conducido a Rock desaparecía al otro lado del Puente de Rialto.

Entre dos camareros que habían bajado de la embarcación

pasaron al llamado Jean a la otra góndola, y Rock quedó solo frente a Birgitt.

—Siento haberla dejado sin compañía, pero sólo puedo hacer una cosa para compensarla.

—¿El qué?

—Acompañarla en su paseo nocturno. Conozco Venecia perfectamente y podré darle toda clase de explicaciones.

Ella se dejó caer en uno de los asientos forrados de seda.

—No le conozco a usted de nada, y sin embargo me parece que eso no viene importancia. Le admito como compañero.

—Gracias. —Rock se sentó junto a la hermosa alemana mientras la góndola se alejaba suavemente—. Y vista su amabilidad, le haré una confesión: no hubo tal accidente. Pagué cinco mil liras a mi gondolero para que arrojara al Canal a ese francés.

Birgitt se envaró y por un instante pareció a punto de protestar indignada, pero luego se relajó y lanzó una alegre carcajada.

—Es curiosa su desfachatez.

—No me gusta jugar con ventaja.

—¿Por qué lo hizo?

—Deseaba ser yo el protagonista de este paseo. Estuve acechando en la oscuridad y en el momento preciso lancé mi embarcación al abordaje y la rapté. ¿Me guarda rencor?

—Debería odiarle.

—Eso quiere decir que vamos a ser muy buenos amigos. Le voy a contar algo de mí —añadió, tomando una de las finas manos de la hermosa actriz.

El gondolero sabía su oficio y empezó a cantar muy suavemente...

CAPÍTULO IV

Birgitt suspiró entre sus brazos y removiése un poco. Tenía entornados los ojos y parecía aspirar con deleite el salobre perfume del no lejano mar. La góndola se deslizaba suavemente por la laguna, fuera del Gran Canal. Atrás había quedado la acumulación de palacios y caserones de la vieja Venecia, y enfrente, a poca distancia, se extendía el Lido, la más bella isla del Adriático con su fantástica iluminación mundana.

—Ha sido una noche deliciosa —aseguró la actriz alemana.

Rock se deslizó en el asiento de seda y sacó dos cigarrillos, ofreciendo uno a Birgitt.

Encendió ambos —y luego preguntó:

—¿Dónde nos veremos mañana?

—En la playa, ¿te parece, Rock?

—Hum. ¿Qué hora?

—Las doce. No creo que pueda abrir los ojos antes.

El muchacho rió.

—La pereza tiene nombre de mujer. De acuerdo. A las doce en la playa del hotel.

La góndola se adhirió al muelle del hotel, y un criado de librea acudió solícito. Birgitt se incorporó ayudada por Rock. Los ojos de la joven estrella brillaban con excitación y la boca se entreabría mostrando la belleza de sus dientes jóvenes.

—Venecia, la luna y el amor —dijo, en un susurro—. Parece el título de una película. Creo que voy a proponer la idea a mi productor.

Le alcanzó los labios suavemente y saltó al muelle con agilidad. Rock la vio alejarse con rapidez hacia la puerta del hotel, donde entró sin volverse. El gondolero, a popa, se mantenía erguido,

componiendo una figura airosa y elegante como una estatua renacentista.

—A la plaza de San Marcos —ordenó el muchacho.

Y se sentó en la misma camareta que había compartido con Birgitt. Una muchacha muy curiosa la alemana, entre ingenua y maliciosa, cuya amistad le resultaría beneficiosa en la investigación que le ocupaba. No habían hablado para nada de Mammie Grace ni del robo del collar; hacerlo hubiera sido una torpeza imperdonable que no hubiera dado resultado. La cita de la mañana siguiente sería el principio de la investigación. La amistad de Birgitt le incluiría en el grupo de estrellas y cineastas del Festival, y sólo entonces podría verdaderamente comenzar su trabajo.

Dejó vagar su imaginación mientras se consumía el cigarrillo. La llegada a la plaza de San Marcos le sorprendió porque el trayecto se le había hecho sumamente corto. Una generosa propina al gondolero pagó los discretos servicios prestados por éste, y oyendo las campanadas de las cuatro en el viejo Campanile saltó a tierra firme.

Todavía había vida en San Marcos. Las terrazas de los bares se hallaban ocupadas por turistas y venecianos que exprimían los últimos goces de una noche apacible y veraniega. En algún lugar de la inmensa plaza sonaba una música suave, quizá salida de cualquier victrola accionada por una moneda, y al otro lado de una celosía de flores las parejas bailaban. No eran más que dos o tres, y la música muy suave parecía unirles más y más.

Entró en el café para tomar una cerveza. No había cenado aquella noche, pero tampoco su estómago se lo había pedido a causa de la excitación. No tenía más que sed y una absoluta ausencia de sueño.

Paladeando el dorado líquido miró a las parejas que bailaban y se inmovilizó por la sorpresa.

Arlene Fisher se movía a los compases de la música, entre los brazos de un veneciano de negrísimo cabello y apuesta figura.

Ella también le vio, y la sonrisa satisfecha de su rostro se esfumó. Perdió el compás del baile y casi al instante dijo algo a su acompañante y dejaron de bailar, sentándose a la mesa que tenían reservada.

Rock se dedicó a su cerveza, no queriendo estropear la noche de

su secretaria, pero apenas se había vuelto de espaldas la sintió a su lado.

—He leído el periódico, señor *Cross* —dijo ella.

—Buenas noches, *Arlene*. No deseaba molestarla.

Pero la muchacha no pareció haberle oído.

—En la información no se decía nada, pero el collar ha desaparecido, ¿verdad?

El asintió.

—Ha ocurrido después de recibir las instrucciones de Nueva York —siguió ella, con leve acento amistoso—. ¿Cuál será la opinión del Director General a este respecto?

Rock se encogió levemente de hombros.

—No le hará gracias, indudablemente.

Arlene bajó la vista.

—Ha sido una mala suerte. ¿Cree que le perjudicará?

—Pueden pensar que no obré con suficiente rapidez —admitió el muchacho, sorprendiéndose del tono comprensivo de su secretaria.

—Si puedo hacer algo... —se ofreció.

Rock se volvió para mirar rectamente a los verdes ojos de su secretaria, y de pronto tuvo la impresión de que apenas la conocía. Hacía dos años que le había sido destinada, procedente de la Central de Nueva York, y desde entonces sus relaciones habían sido fríamente profesionales. Eficiente, activa y honrada, *Arlene* había sido un buen instrumento de trabajo en su oficina, pero sólo eso. Tan necesaria como una máquina de escribir o un teléfono, pero nada más. En ningún momento se le había ocurrido mirarla como a un ser humano, y mucho menos como a una mujer.

Y era bonita. Muy bonita, se dijo, asombrándose de que hubiera necesitado dos años para hacer aquel descubrimiento. Tenía un rostro de nobles proporciones, unos ojos hermosos e inteligentes, una boca normalmente sensual, y una figura deliciosa. Aquel vestido de noche parecía haber sido pensado para ella, a fin de que insinuase sus encantos sin revelarlos.

Arlene no dejó de notar la escrutadora mirada de su jefe y desvió la vista, enrojecidas las mejillas.

—Su acompañante me estará maldiciendo, *Arlene* —recordó él, mirando hacia la mesa donde aguardaba el joven de moreno cabello y ojos ardientes—. Olvídense de mí y de mis problemas. Su jornada

no empieza hasta mañana a las nueve.

—Usted se encuentra en un apuro —dijo con voz apenas audible.

—¿Qué le hace pensarlo? —Trató de fingir una sonrisa.

—En el tiempo que llevo con usted he aprendido a conocerle, señor *Cross*. Si me necesita, llámeme por teléfono a casa. Ya sabe mi número.

—¿Y... él? —E hizo una seña hacia la mesa.

—Luchino sale de viaje dentro de media hora; es Director Comercial de una fábrica de conservas y tiene que girar una visita a las Delegaciones del Sur.

Rock palmeó uno de los brazos femeninos.

—No sea tonta y vaya junto a él. Y sean muy felices.

Arlene volvió a la mesa y Rock abonó la consumición, saliendo sin mirar a la mesa de su secretaria. Tenía su problema, pero era algo que le concernía a él por entero.

Amanecía cuando llegaba a su casa. Sacó las llaves para abrir la puerta de la calle, pero se sorprendió de encontrarla abierta. Entró en el portal iluminado débilmente y se encaminó al ascensor.

Antes de que tocase la manecilla del mismo, aparecieron dos hombres del rincón más oscuro del patio.

—¿*Rockwell Cross*?

—Sí. ¿Quién...? —empezó a volverse para quedar frente a los desconocidos—. Policía. Venga con nosotros.

* * *

El Comisario Barolini, entrelazados los dedos de ambas manos y apoyada la barbilla en ellos de forma que ocultaba la sotabarba, mantenía sus ojos fijos en Rock, silenciosamente. Los dos agentes que le habían llevado hasta el despacho del Comisario permanecían detrás de Rock, como dos amenazadoras estatuas.

El silencio duró varios minutos hasta que se hizo insoportable, mientras los ojos del Comisario permanecían inmóviles, como si pretendiera hipnotizarle.

El muchacho se removió.

—¿A qué se debe...? —preguntó por fin, pero interrumpióse en el acto.

—Cuéntemelo todo, señor Cross —pidió muy suave el policía.

—Le he dicho ya...

Barolini negó.

—No ha sido sincero conmigo. Me ha ocultado, por lo menos, una cosa: y es grave.

Rock se acomodó mejor en el rígido sillón de cuero.

—No sé a qué se refiere.

El Comisario desplegó las manos y las puso sobre la mesa, con absoluta seguridad.

—Señor Cross, usted es americano, hace varios años que está en Italia donde se gana muy bien la vida y aquí ha recibido toda clase de facilidades para representar a su Compañía. Le hemos otorgado nuestra confianza... y usted ha jugado sucio. En consecuencia, independientemente de la responsabilidad criminal que pudiera corresponderle, y una vez cumplida la oportuna condena, estaremos en nuestro derecho si le expulsamos del país.

Lo que le había vaticinado Vazzola había llegado... y mucho antes de lo que había supuesto. ¿Le había traicionado Vazzola?

Aguardó sin embargo, y Barolini abrió el cajón central de su escritorio sacando dos fotografías.

—Mírelas, señor Cross.

Rock las tomó y reconoció en ellas la antesala de la «suite» de Mammie Grace, a través de cuya puerta, al fondo se veía el dormitorio de la artista y a él arrodillado junto al cadáver.

—Ha sido una verdadera casualidad —dijo el Comisario—, pero también las casualidades ayudan a la policía, a veces. Los fotógrafos tiraban sus placas, y en dos de ellas apareció usted, muy al fondo. He mandado que sacasen ampliaciones para ver qué es lo que estaba haciendo usted arrodillado al lado del cadáver de Mammie Grace, y ahora ya lo sé. Usted tomó algo de las ropas de la víctima, algo que despertó su atención por la forma que tiene de mirarlo, y luego, en la otra foto, se ve cómo esa cosa la guardó en su bolsillo. No vale la pena que se resista, señor Cross. Usted sustrajo una prueba posiblemente comprometedora para el asesino, actuó de cómplice y encubridor, y eso es un delito. ¿Va a seguir negando?

El muchacho apretó los labios y devolvió las fotos.

—No le hemos registrado todavía, señor Cross, aunque ha tenido demasiadas horas para hacer desaparecer lo que tomó del lugar del

crimen. ¿Va a hablar?

Rock metió la mano en su bolsillo y sacó la perla.

—Fue esto, Comisario.

La bolita rodó por el escritorio.

—¿Una perla del famoso collar?

—Sí.

—¿Por qué la cogió?

—No lo sé; puede creermelo o no, pero no tenía motivo especial. Fue un acto inconsciente. Pensaba sólo que mi deber era salvar el collar o lo que quedara de él. Luego, cayeron sus ayudantes sobre mí con escasa delicadeza y me enfadé lo suficiente para no comunicarles mi hallazgo.

El policía le miraba con fijeza obsesiva.

—Es tan ingenuo que no puedo creerlo.

—Lo siento, me tiene en sus manos, he declarado que tomé la perla, posee fotografías... Todo, es suficiente para cumplir sus amenazas. No tengo ningún motivo para mentirle.

—¿No?

—¿Cuál puede ser?

—Uno, por ejemplo, que el asesino fue usted y que mató a Mammie Grace para robarla.

—Puedo demostrarle que a la hora del crimen estaba a más de media hora de distancia, en mi despacho próximo a la plaza Roma.

—¿Cómo me lo demostrará?

—Unos minutos antes del crimen, yo estaba celebrando una conferencia telefónica desde mi despacho con la Oficina Central de Nueva York. Mi secretaria, Arlene Fisher, me puso la comunicación.

—Hasta este momento, la hora exacta del crimen está establecida por usted únicamente —recordó el comisario.

—Inmediatamente después de recibida la llamada de socorro de Mammie Grace, telefoneé al hotel dando la alarma. Ellos pueden testificarlo.

Barolini se acomodó mejor en su asiento.

—Bien. Si no fue usted, pudo hacerlo un cómplice.

Rock replicó, molesto:

—Deberá demostrarlo, Comisario.

Éste crispó su rostro ordinariamente apacible.

—Está metido en un lío, señor Cross. No le contiene en absoluto

mostrarse colérico.

—Le estoy diciendo la verdad, Comisario. ¿Qué espera de mí? ¿Qué mienta a fin de darle satisfacción a usted y corroborar la idea que haya podido formarse del crimen?

—Trato sólo de asegurarme que no miente, señor *Cross*. Una vez lo hizo respecto a esta perla. Y ahora me dice que la guardó en su bolsillo sin una razón determinada.

—Así es. Podría haber inventado una justificación más o menos plausible, pero prefiero ser sincero. Hay momentos en la vida en que uno hace algo sin motivo preciso, siguiendo un impulso que luego no se puede justificar. Eso me ocurrió con la perla.

—Temo que nadie le crea. Todo le señala a usted.

Rock se daba cuenta que la suspicacia del Comisario se transmitiría a cuantos participaran de aquella investigación, y un sentimiento de rabiosa impotencia le hizo clavarse las uñas en las palmas de las manos, desesperadamente.

—Si se molestaran en investigar un poco, encontrarían sin duda motivos para cambiar de idea —dijo abruptamente.

—¿Va a enseñarnos nuestro oficio?

—Quizá: por lo pronto, puedo decirle algo respecto al collar robado, Comisario. Esa perla que ve usted ahí, y que pertenecía a un collar que mi Compañía había asegurado en un millón de dólares, es falsa.

Barolini achicó los ojos, en inequívoca demostración de sorpresa.

—¿Qué dice?

—No lo sospechaba, ¿verdad? Lo cierto es que yo también he quedado sorprendido al saberlo. Esta mañana, Mammie Grace me pidió que custodiara el collar porque temía se lo robasen. Ella, al parecer, creía firmemente que valía un millón, pero estaba equivocada. —¿Y la «King Insurance» también se equivocó al hacer la tasación?

—No; puedo asegurárselo. Pero es más fácil imaginar que después de haber sido realizado el seguro, alguien realizó la sustitución del collar auténtico por uno falso similar al primero y que pudo engañar a Mammie Grace.

—¿Por qué la han matado en ese caso? ¿Por qué han robado el collar falso?

—Cuando se puedan responder a esas dos preguntas, conoceremos el nombre del asesino, Comisario. Una hipótesis podría ser que Mammie supo después de visitarme que determinada persona le había cambiado el collar auténtico por éste, y que esa persona la asesinó para cerrar su boca.

—¿Piensa que el asesino pertenece al círculo de amistades de Mammie Grace?

—Yo podría averiguarlo —declaró con firmeza.

Hubo un largo silencio, durante el cual los ojos de Barolini le escudraron.

—¿Cómo?

—Esta noche he tomado contacto con una de las estrellas que asisten al Festival Internacional del Cine, Estoy citado para mañana con ella, y pienso obtener sustanciosa información.

—Un esfuerzo inútil; el Festival terminará dentro de cinco días y todos los que asisten a él se dispersarán.

—Tengo intención, además de solicitar detalles de Mammie Grace, de su pasado y del lugar del que obtuvo el collar a mi Oficina Central de Nueva York. Es posible que también eso sirva de algo.

El Comisario adelantó el torso.

—Está dando por sentado que voy a dejarle en libertad, señor *Cross* y que necesito su ayuda.

—No trato de ayudarle a usted, sino a mí, Comisario. Puedo leer en su cerebro y sé que sospecha de mí. Tengo conocimiento suficiente para darme cuenta que ni el fiscal ni el juez me creerán tampoco. Por todo ello, preciso encontrar el collar y el asesino, si no quiero convertirme en candidato ideal para el banquillo.

Barolini se incorporó.

—Nuestras celdas no son tan cómodas como su dormitorio, señor *Gross*, pero en ellas también se puede dormir..., y le veo demasiado fatigado.

Rock se incorporó, alterado.

—¿Es que va a encerrarme?

El Comisario le sonrió beatíficamente.

—Es usted muy perspicaz, señor *Cross*.

Y salió del despacho, seguido de uno de sus ayudantes. El otro tocó en el brazo al muchacho, diciéndole:

—Vamos, venga conmigo.

En la oficina a la que pasó Barolini, éste se encaró con su ayudante.

—Comprueben si lo que ha dicho es verdad respecto a su conferencia con Nueva York, y todo lo demás. Localicen a Arlene Fisher, e interróguelas al respecto. Yo iré a descansar un rato.

La rechoncha figura del Comisario desapareció en otra puerta, con leve balanceo.

* * *

Era media mañana, cuando Rock, fue llevado al despacho del Comisario. Barolini estaba de espaldas a la puerta, mirando por una ventana que daba a uno de los numerosos canales de Venecia. Sobre una mesa, con grandes titulares, estaban varios periódicos anunciando el asesinato de Mammie Grace.

Rock fue entrado en el despacho por un carabinieri, que se retiró al instante. El Comisario, sin volverse, preguntó:

—¿Ha podido descansar algo, señor *Cross*?

El muchacho apretó los labios.

—No es elegante su ironía, Comisario.

Barolini giró con las manos a la espalda.

—Yo tampoco he podido dormir, pese a que lo intenté. Recibí una visita —aguardó, como si esperara que el muchacho preguntaría algo y al no ser así, continuó—: Era el Cónsul de su país, señor *Cross*. Por lo visto había sido avisado por la señorita Arlene Fisher... Una secretaria muy eficiente...

Desde lo más profundo de su corazón. Rock elevó un recuerdo agradecido hacia la fiel Arlene.

—Voy a ponerle en libertad, señor *Cross*.

—Veo que el Cónsul ha sabido convencerle.

Barolini hizo un gesto seco.

—No se contunda. No he cedido a la presión del Cónsul, que por otra parte tampoco la ha hecho. Es una determinación que tomo por mi propia voluntad.

—Gracias.

El Comisario hizo como si no le hubiera oído.

—El Cónsul me aseguró que usted poseía buenos antecedentes, y

se mostró dispuesto a responder por usted. Claro que la libertad que voy a concederle es provisional, y tendrá determinadas restricciones. Por ejemplo, no podrá salir de Venecia, y mucho menos, de Italia. Claro que esto último le resultará algo difícil, aunque lo intente, pues tengo en mi poder su pasaporte.

Y lo sacó del cajón central de su escritorio.

—¿Cómo lo ha obtenido? —preguntó Rock, molesto.

—La señorita Fisher me lo dio en cuanto se lo pedí. Es muy inteligente y comprendió que era la única posibilidad de que le dejáramos en libertad.

El muchacho respiró hondo, tratando de serenarse.

—Usted juega sobre seguro, Comisario, y en mi situación no me queda otro remedio que moverme a su dictado, pero confío en salir airoso de este asunto.

—¿Qué es lo que hará?

Rock prefirió no contestar.

—¿Puedo marcharme?

—Desde luego. Buenos días, señor *Cross* —tocó un timbre y la puerta se abrió por el carabinieri de guardia—. Muestre al señor *Cross* la salida —ordenó.

Una vez que hubo salido el muchacho, la otra puerta del despacho le Barolini se abrió, dando paso a uno de sus ayudantes.

—Todo preparado, Comisario —anunció, entrando—. A partir de este momento, ese americano será seguido a todas partes y sus movimientos cuidadosamente anotados.

Estoy seguro que él cometerá tarde o temprano un error definitivo que le delatará.

Barolini asintió.

—No podemos traspasar este asunto al fiscal, sin pruebas concluyentes.

CAPÍTULO V

Al entrar en el antedespacho, Arlene se incorporó de un salto y corrió hacia él.

—¡Por fin está aquí, señor *Cross*!

Rock la miró con infinito agradecimiento en su mirada. Estaba muy cansado, y las horas pasadas en la Comisaría habían destrozado sus nervios, pero a la vista de Arlene, limpia y fresca como una rosa bañada por el rocío, quedó reanimado.

—Gracias, Arlene. Muchas gracias —cordialmente la tomó de los brazos, apretándole los hombros con afecto.

El bello rostro de Arlene se alzó hacia él. Usaba poco maquillaje, pero éste bien distribuido. Los rojos labios estaban entreabiertos y a las mejillas asomó un rubor encantador, Lucía una blusa escotada y una falda que modelaba sus caderas y sus largas piernas.

—¿Se encuentra bien?

—Perfectamente, ¿y usted? ¿Creo que también la han molestado?

Pasó a su despacho y Arlene fue tras él. Había desaparecido la fría barrera que hasta entonces les había separado siempre, y entre ellos parecía haber surgido una intimidad nacida del peligro.

—Me sacaron de la cama muy temprano —admitió—, y estuvieron haciéndome muchas preguntas acerca de usted. Me dijeron que estaba detenido, y en cuanto se marcharon corrí a visitar al Cónsul. Éste me prometió hacer una gestión inmediatamente y entonces vine a la oficina, aguardándole a usted, pero fue el Comisario Barolini quién vino. Se cercioró que a la hora que les dije anteriormente usted estaba en este despacho hablando con Nueva York, y el comisario quiso comprobarlo. Llamó desde este mismo teléfono a la central y preguntó a qué hora se había

celebrado ayer la conferencia. Le debió convencer la respuesta porque rae comunicó que iba a ponerle en libertad, aunque para asegurarse de que usted no huiría del país roe exigió el pasaporte de usted. Yo sabía que lo guardaba en su mesa... y se lo di. ¿Hice mal?

—En absoluto; era lo mejor.

—Por mi parte he vuelto a llamar a la Central y he comunicado con el Director de Agencias Extranjeras para informarle de lo sucedido. Espero no haber cometido ningún error.

Rock se dejó caer en la misma butaca que la mañana anterior había ocupado Mammie Grace, y asintió.

—Es usted perfecta, Arlene, y me ha demostrado verdadero afecto. Quizá ahora esté demasiado trastornado para agradecerle lo que ha hecho por mí, pero espero poder demostrarle mi gratitud...

—Por favor, señor *Cross* —pidió ella, cortando las palabras de su jefe.

El muchacho se incorporó, tras comprobar que *en* su reloj eran las once y media.

—Tengo una cita a las doce, y no puedo dejar de acudir. Se trata de la estrella Birgitt Lehmann, amiga de Mammie Grace. Estoy convencido de que alguien del Festival mató a Mammie Grace, y necesito poder demostrarlo. Ocúpese usted de todas mis casas...

—Lo haré, pero... esas mujeres... sólo piensan en una cosa, y no creo que puedan ayudarle...

Rock le tomó una mano, fría, pero suave y amable.

—No voy a perder el tiempo en frivolidades, aunque aparente otra cosa, Arlene. Es mi vida la que está en juego. Si no demuestro mi inocencia la policía me acusará del crimen y habré arruinado mi vida. Es imprescindible que investigue en el Lido... y también lo es que usted me ayude.

La secretaria se desasíó, y retrocedió unos pasos.

—Sabe que lo haré. Pero no puede marcharse sin hablar con Nueva York. Me pidieron que usted les llamara lo antes posible.

—No puedo entretenerme, Arlene. Hágalo usted y amplíe los detalles. No es preciso que oculte nada y dígales que estoy en este apuro. Para salir de él, es imprescindible que colaboren conmigo. Quiero poseer todos los datos que sean posible obtener de Mammie Grace y de su pasado desde el momento en que nació. Una Agencia de Detectives podrá hacer el trabajo en pocas horas, se ha hecho en

otras ocasiones. Quiero fotografías de las amistades de Mammie y de sus posibles enemigos y, sobre todo, preciso saber de dónde obtuvo ella el collar: dónde lo compró o quién se lo regaló. Que me envíen lo que obtengan en un sobre y lo entreguen a cualquiera de los pilotos o las azafatas del avión Nueva York-Venecia, y usted mande a uno de los empleados al aeropuerto para recogerlo. Usted es una chica inteligente, Arlene, no necesito decirle cómo se hacen estas cosas. Y ahora...

Se dirigió a la puerta. Ella le sonrió.

—Cúidese, señor *Cross*.

Rock vaciló un instante y luego regresó sobre sus pasos. Se detuvo a muy poca distancia de la muchacha y rozó una de sus mejillas con los dedos, suavemente.

—Luchino tiene mucha suerte —aseguró, roncamente—. No es fácil encontrar una mujer como usted.

Luego, súbitamente, se volvió y desapareció.

* * *

Vio a Birgitt al salir a la playa del hotel. Era imposible no verla, dentro del dos piezas rojo que formaba una llameante mixtura con la piel dorada de la estrella. Estaba de pie, de perfil, como si le aguardara deseando ofrecerle la mejor perspectiva de sí misma. Los rubios cabellos los cubría con un gracioso sombrero de paja, que parecía un hongo fantástico y seductor.

Cuando se encontraba a dos pasos de ella, Birgitt le vio y dejó de extasiar su mirada en la lejanía azul de las aguas.

—¡Rock! —exclamó con mundano acento—. ¿Qué te ocurre? ¿Nadie te ha enseñado cómo se viene a una playa?

El muchacho, vestido con el mismo traje que la noche anterior, arrugado y descompuesto, y la camisa rozada, no ofrecía un aspecto muy seductor... Para colmo, su barba sin afeitar hablaba de desaliño.

—Lo siento, Birgitt. Mi intención era haber venido con ropa adecuada para tomar juntos un baño, pero han surgido complicaciones.

La actriz alemana, proyectó sus labios hacia adelante, en gesto caprichoso.

¿Qué historia vas a contarme ahora? Eres el hombre de las sorpresas.

Rock miró en torno. Había varios bañistas de ambos sexos en la playa privada, pero ésta era lo suficientemente amplia como para que no se necesitase estar apiñados.

—Me gustaría contártelo... en otro lugar. Me siento ridículo con esta ropa.

—Nos sentaremos en aquel velador, bajo la sombrilla azul. ¿Te parece bien?

Decidida, sin esperar respuesta, se encaminó hacia allí, cimbreado graciosamente. Parecía un milagro que Birgitt pudiera ser contenida dentro de aquel bañador de nylon.

Las rectas piernas de la alemana eran como poderoso imán para las miradas de los hombres que había en la playa, y ella no dejaba de sonreír un solo instante.

Se sentaron, por fin, bajo la sombrilla, y ella cruzó las piernas con desenvoltura.

—¿Sí, Rock? —invitó.

—He estado detenido.

Ella parpadeó.

—¿Tienes líos con la policía?

—Cuando te dejé anoche, fui a casa y allí me esperaba la policía. Querían hablar conmigo respecto a Mammie Grace.

—¿Qué tienes tú que ver?

—Soy Delegado de la Compañía de Seguros en la que Mammie había asegurado su collar, valorado en un millón. Ayer, a estas horas, Mammie estaba en mi despacho pidiéndome ayuda porque temía le robasen el collar.

Birgitt avanzó su busto.

¡Eso es emocionantísimo!

—¿Te lo parece? La policía piensa que yo puedo tener alguna conexión con la muerte de Mammie.

—¡Pero eso es una tontería!

—Claro que lo es; sin embargo, voy a tener líos si no encuentran pronto al asesino.

Ella le tomó una mano por encima del velador.

—¡Pobre Rock! Me gustaría poder ayudarte, pero yo tampoco sé quién pudo matar a Mammie.

El muchacho acarició aquella mano de uñas esmaltadas.

—No te preocupes. Imagino que de alguna forma encontrarán al asesino, aunque por otra parte no me disgustaría intentar algo por mi cuenta. Es mi cuello el que está en peligro.

A Birgitt le chispeaban los hermosos ojos.

—¿Qué puedes hacer?

—En las películas, el protagonista suele ir preguntando a unos y a otros, esperando que alguien cometa algún desliz, ¿no es así, Birgitt?

—Yo interpreté una vez una película, y eso era lo que sucedía.

—¿Crees que me dará resaltado, en la vida real?

—Podemos probarlo, ¿quieres? —invitó ella—. Viene hacia aquí Joan Eddy, otra actriz de Hollywood. Mammie residía en la «suite» contigua a la de Joan...

Rock volvió la cabeza para mirar a la estrella norteamericana. Usaba también un bikini, pero en aquella ocasión la tela del mismo se batía en retirada ante la agresiva naturaleza femenina.

Preséntame, Birgitt, como Delegado de la Compañía. Di que estoy buscando el collar.

Joan se detuvo a unos pasos.

—Hola —dijo, como esperando que la invitaran.

Los oscuros cabellos le caían sobre los hombros y su mirada era la característica de las *vamp* de Hollywood.

—¿Quieres acompañarnos, Joan? Voy a presentarte a un amigo, Rockwell Cross.

La estrella recorrió los últimos pasos jugando con gracia las caderas.

—Tantísimo gusto —exclamó, tendiendo su mano.

Rock se incorporó para estrecharla, y no ocupó su silla hasta que Joan no hubo ocupado el asiento frontero al suyo. Las morenas piernas bajo el sol brillaban por el aceite bronceador y tenían la tersura de la carne joven.

—Rock se dedica a los seguros —informó Birgitt. Precisamente ayer estuvo con Mammie...

El muchacho añadió:

—En realidad, en estos momentos debo investigar algo sobre la muerte de la pobre Mammie. Un collar que le habíamos asegurado en un millón, ha desaparecido y mi Compañía quiere que haga lo

imposible para encontrarlo.

En la mirada de Joan brilló una súbita alarma. Rock creyó percibir aquel destello, pero fue tan rápido que no supo interpretarlo correctamente.

—¿No se ocupa la policía de eso? —preguntó, relajándose poco a poco.

—Ellos buscan al asesino; yo, al collar. Por cierto, Joan, usted ocupa una «suite» contigua a la de Mammie...

—Ayer mismo di orden de que me trasladaran. Me ponía nerviosa la idea de que alguien había muerto tan... trágicamente al otro lado de mi tabique.

—¿No oyó nada?

—¿Qué quiere decir?

—Usted tuvo que escuchar algo, Joan. Los tabiques de los hoteles no suelen ser muy gruesos, y Mammie gritó.

La estrella desvió la mirada.

—Yo me encontraba en el baño cuando sucedió.

—¿Cómo sabe el momento en que se cometió el crimen? Joan descruzó las piernas y su rostro se contrajo.

—¿Qué insinúa?

—Sólo he preguntado —recordó él.

Birgitt acarició el brazo de su amiga.

—No debes ponerte nerviosa, querida. Es un asunto muy molesto éste, pero Mammie era nuestra compañera y todas debemos tratar de ayudar a los que buscan a su asesino.

La estrella de Hollywood apretó los rojos labios un momento y luego volvió a adoptar la postura primitiva.

—Quise decir que me encontraba en el baño cuando empecé a escuchar jaleo en el pasillo. Salí envuelta todavía en una salida de baño, y entonces me enteré. Contando con que suelo pasar más de una hora en el baño, deduje que estaba con agua hasta la barbilla en el momento en que sucedió.

Así, ¿no oyó nada?

—No.

—¿Ni puede saber quién deseaba la muerte de...?

Joan alzó una mano.

—Creo que han sido suficientes preguntas, amigo. No es usted la policía.

—¿Teme algo? —preguntó.

La *vamp* fue a replicar airadamente, pero comprendió que era peor demostrar irritabilidad.

—No quiero que me molesten.

—Estamos hablando amistosamente, Joan. Soy un compatriota suyo y Mammie también lo era. Come tal, usted tuvo que recibir confidencias de ella alguna vez. Usted es la que más puede ayudarme en este sentido, aunque imagine que nada de lo que sabe tiene importancia.

—No sé nada, y Mammie no era mi amiga. La había visto alguna vez, pero sólo eso. No recibí sus confidencias y ella tampoco tuvo las mías. Fue una casualidad que nos destinaran alojamientos contiguos.

—¿No me quiere ayudar, Joan?

La estrella se incorporó.

—Yo en tu lugar, elegiría mis compañías, Birgitt —exclamó, secamente, y se alejó con vivo paso, algo envarada para su habitual y lánguido paso sensual.

Cuando quedaron solos, Birgitt preguntó:

—¿Mató Joan a Mammie?

El muchacho lanzó una carcajada.

—¿Me comparas a Sherlock Holmes? Según la leyenda, él podía deducir el pasado de un hombre con sólo verle andar. Yo no soy más que un aficionado... con la cuerda al cuello.

La alemana miró a Joan Eddy que entraba en el hotel.

—Sin embargo, ella sabe algo.

—No es seguro, aunque se ha enfadado. —Se incorporó—. Creo que no nos vendría mal un aperitivo, al menos en lo que a mí concierne. Tengo el estómago enfermo desde anoche.

Birgitt se alzó y le tomó del brazo, comunicándole su cálida vitalidad.

Sobre el sendero de losas que conducía a la entrada posterior del hotel se cruzaron con Milena Falconi que parecía dispuesta a tomar un baño. Iba cubierta con un látex negro que hacía de su figura algo perfecto. Llevaba una enorme toalla de baño de listas rojas y verdes que rozaba el suelo, colgando desde su hombro.

—¿Cómo está el agua, Birgitt? —preguntó, deteniéndose.

—Deliciosa, querida.

Milena retrató a Rock de una sola ojeada.

—No los maltrates tanto, Birgitt. ¡Qué aspecto tan deplorable...!
—susurró. El muchacho esbozó una sonrisa.

—Estoy así por culpa de Mammie.

La italiana perdió su radiante sonrisa.

—¿Qué... dice?

—Estoy buscando el collar de Mammie y trato de que alguna de sus amigas me ayude. ¿Quiere usted hacerlo?

—No sé en qué puedo...

—Cuénteme cosas sobre Mammie.

—No tenía mucha amistad con ella...

—Yo opino lo contrario. Me han informado de que usted y ella eran buenas amigas.

Hace dos noches salieron juntas y se divirtieron con un conde calabrés...

—¿Quién le ha hablado de eso?

—¿Es cierto?

—Sí; pero eso no le da derecho a pensar...

—No pienso nada, Milena. ¿Tiene idea de quién ha podido asesinar a Mammie? —No.

—Lo ha dicho demasiado deprisa, como si estuviera preparada para responder.

A los ojos de la actriz italiana asomó un destello colérico.

—¿Quién es tu amigo, Birgitt? ¿Acaso de la policía?

—No.

—En ese caso...

Rock le bloqueó el paso.

—¿No le habló nunca Mammie de dónde había obtenido su fabuloso collar?

—No. Y ahora..., ¿va a permitirme llegar a la playa?

El muchacho asintió:

—Si cambia de parecer y logra recordar algo interesante, dígamelo. Y sobre todo, no piense que el silencio puede beneficiarla.

Se apartó y Milena reanudó la marcha con decisión, aunque se detuvo a los pocos pasos. Vaciló un instante y volvióse a medias. Rock la miró a los ojos y ella pareció dispuesta a decir algo, pero debió pensarlo mejor y siguió su marcha hacia la playa.

Birgitt se colgó del brazo de Rock.

—¿Te has olvidado de ese aperitivo?

El muchacho se dejó conducir hasta la barra del bar de la playa, pero de su rostro había desaparecido la animación. Estaba preocupado pensando en Milena y en lo que podía haber callado, y Birgitt no dejó de advertirlo.

—Anoche estabas más galante, Rock —dijo.

—Cuando te conocí todavía no se me había complicado la vida. Perdona —añadió—. Tú deberías ser lo primero.

Se acercó a ella y la besó en los labios. Birgitt cerró los ojos para saborear la caricia, y tras ellos oyeron una carcajada sonora.

—¡Caramba, qué escena para mi periódico! ¡Lástima que no he traído mi máquina!

¿Qué tal, Birgitt? Siento molestar.

Chucho Zayas estaba ante ellos, resbalándole de los ojos una mirada sucia.

—Siempre tan oportuno, Chucho —exclamó la alemana secamente.

—¡Yo siempre sé estar en el momento oportuno en el lugar justo! —Casi chilló, enfáticamente— mi lema periodístico.

Rock se encaró con el sudamericano.

—¿También estaba usted ayer en la habitación de Mammie cuando ésta murió asesinada?

A Zayas le tembló el labio inferior.

—Si intenta acusarme de algo... —empezó, belicosamente.

—¿Dónde estaba usted ayer a la hora del crimen?

—¿Por qué he de responderle?

—Estoy investigando.

—¿Por cuenta de quién? Usted no es policía.

—No lo soy, pero como si lo fuera. Busco el collar de Mammie por encargo de la Compañía de Seguros.

—Entiendo. Un detective, ¿eh?

—El delegado de la Compañía, Zayas. ¿Va a responderme?

—¿Y si no lo hago?

Rock se encogió de hombros.

—Anotaré su nombre en mi agenda y pediré a América que rasquen en el pasado de usted.

—¡Si piensa que va a atemorizarme...!

—¿Dónde estaba, Zayas?

El periodista se mordió el labio inferior.

—En mi habitación.

—¿Solo?

—Sí.

—Mal asunto —y Rock movió la cabeza—. No tiene coartada.

—¡No la tengo! ¿Y qué? Tampoco la tendrán la mitad de los habitantes de Venecia.

¿Quiere decir eso algo?

—Pero usted era amigo de Mammie.

—La había acompañado alguna vez.

—Usted le estaba haciendo el amor —puntualizó el muchacho.

—¿Y qué diferencia hay?

—Eso usted lo sabe. Mammie confiaba en usted, ¿no? Ustedes salieron juntos, y usted la visitó en su habitación —aventuró—. ¿Va a negarlo?

—He estado *en* las habitaciones de muchas mujeres o ellas han estado en la mía. ¿Y qué? Tomamos unas copas y no ocurrió otra cosa.

Rock le miró fríamente.

—Un hermoso collar el de Mammie, ¿no es cierto, Zayas? Valía un millón.

El sudamericano apretó los puños.

—Voy a tener que partirle la cara —jadeó.

—¿Sí? Animo, Zayas. Demuestre a una dama cómo es un hombre de verdad.

Con una maldición, el periodista le lanzó un puñetazo al rostro pero Rock se ladeó, dejando pasar el puño, y castigó con dureza el estómago del periodista. Luego, sin darle tiempo a respirar y aprovechando su encogimiento, le soltó un trallazo a la boca que lo envió seis pasos más allá, hasta que cayó al suelo, de espaldas.

El muchacho se humedeció los nudillos y Zayas se removió en el suelo. El golpe le había descompuesto y sacudiendo la cabeza se incorporó. Tambaleándose, miró con expresión cruel al muchacho y pareció escupir:

—¡Le costará caro!

Luego, sin otra palabra, se alejó con paso irregular, Birgitt, a su lado, había perdido el natural ritmo de la respiración y con una de

sus manos intentaba contener el desordenado latido de su pecho.

—Ha sido... horrible —murmuró.

Los curiosos que habían empezado a acercarse parecieron cambiar de opinión al ver que el encuentro había sido tan breve. Dos camareros renunciaron también a intervenir, y Rock tomó el vaso de «Martini» que le había servido el *barman*.

Lo paladeó con cuidado, todavía contraído su rostro.

—Es un individuo peligroso, Rock —advirtió ella— Tiene influencias y muy mala intención.

—No he podido contenerme.

Miró la hora y comprobó que era la hora del almuerzo.

—Será mejor que me vaya, Birgitt. Quisiera cambiarme de ropa y descansar un poco.

—¿Has averiguado algo, Rock? Quiero decir, si te ha servido alguna de las conversaciones mantenidas.

—No lo creo. ¿Cuándo nos veremos?

—Esta noche asistiremos a la sesión de gala del Festival, y luego iremos al Casino donde nos ofrece una fiesta. ¿Puedo esperarte?

—Si me aceptas como compañero, vendré a buscarte.

—A las nueve.

El muchacho le palmeó un brazo.

—No faltaré... y correctamente vestido.

Cuando se dirigía al embarcadero para usar una cualquiera de las motoras de alquiler, se cruzó con Milena Falconi. La italiana le miró intensamente y luego desvió la vista, alzando mucho la barbilla.

CAPÍTULO VI

El vestíbulo del «Palacio del Cine», en el Lido, era un ascua de luz cuando Birgitt y él llegaron en un «Mercedes» descapotable propiedad de la estrella.

—Es una suerte que en el Lido puedan circular automóviles — exclamó Rock, aparcando el lujoso vehículo en uno de los laterales del Palacio—. Desde que vivo en Venecia he olvidado prácticamente conducir.

Salió del coche y se apresuró a abrir la portezuela para que la estrella pudiera descender.

Ella estaba rutilante con su traje de noche y la estola de visón cubriéndole los desnudos hombros. Rock le ofreció el brazo y caminaron por la acera hacia la entrada. El muchacho, enfundado en su *smoking* blanco, era muy distinto al que aquella misma mañana había estado en el «Hotel Dux», interrogando a unos y a otros.

Al entrar en el vestíbulo, se sintieron momentáneamente cegados por los potentes focos utilizados por los operadores de los noticiarios cinematográficos y por las cámaras de la televisión.

Pisaron una lujosa alfombra y ascendieron por la escalinata que conducía al *hall* desde el que se pasaba a la sala de butacas. Rock trataba de ver a los curiosos que estacionados a ambos lados de la alfombra les miraban atentamente, pero la potencia de los focos era demasiado intensa para lograr una visión apreciable.

Por fin llegaron al final de la escalinata, y Birgitt, siempre sonriente, saludó a sus compañeras. Allí estaban Milena, Annamaria Zinni, Joan Eddy, Anouk Segal, así como otras estrellas a las que no conocía, y desde luego se encontraba Chucho Zayas. Había también varios actores que Birgitt le fue presentando a medida que ella les

ofrecía la mano:

—René Mourvil... Adolf Brücker... Lloyd Hagen...— Birgitt decía los nombres con fácil desenvoltura, al tiempo que dedicaba sus mejores sonrisas a los presentados.

En un grupo aparte estaban varios hombres de más edad que los galanes, cuyo aspecto les identificaba como productores.

—Son los amos del cine —advirtió la alemana—. A ellos debemos dedicar siempre nuestras mejores sonrisas.

Con un absoluto dominio de sí misma, Birgitt empezó a saludar a los reunidos con vivas muestras de satisfacción.

—Es una alegría verle, señor Simmonson... No sabe lo feliz que me hace encontrarle en esta maravillosa ciudad, señor Anders... —Birgitt sonreía y repartía saludos con exquisitez maravillosa.

Rock, tras ella, estrechaba aquellas manos que le eran tendidas, diciéndose que estaba poniéndose en contacto con lo mejor y más influyente del cine internacional.

Birgitt le presentó:

—El señor Floyd Milstein, el productor para el que todas las estrellas deseamos trabajar alguna vez.

Milstein era un hombre duro, de rostro curtido por el sol, ojos grises y boca recta, llena de resolución. Peinaba canas y sin embargo se desprendía de su persona un aire juvenil y deportivo.

—Birgitt es muy atenta..., aunque quizá se deba a que le he firmado un excelente contrato.

La muchacha rió.

—Milstein es el más duro de los productores de Hollywood, ya puedes advertirlo, Rock. Sus películas son siempre las más taquilleras, por ejemplo la que veremos dentro de unos minutos: «La llamada de las montañas», interpretada por Mammie Grace.

Rock sintió súbito interés.

—¿Mammie Grace trabajaba para usted, Milstein?

—Sí; una pena de chica, ¿no cree?

—Espantoso lo que le ha sucedido. ¿Por qué la matarían? —preguntó el muchacho.

—¿No ha leído los periódicos? En ellos se habla de un collar.

—Lo sé muy bien; yo mismo estoy buscando ese collar para evitar que mi Compañía pague el millón del Seguro.

El productor se acarició con un índice el mentón.

—Así, ¿está investigando?

—Lo intento, al menos.

—¿Con resultado?

—Nulo, hasta ahora. ¿Acaso puede ayudarme usted?

—Temo no serle útil. Mammie era una chica sin enemigos.

—Tenía por lo menos uno —recordó él.

—Mi teoría es que la asesinó un ladrón internacional, de esos que están especializados en los robos en hoteles. Quiso quitarle el collar, ella se resistió y... —sonrió—. Algo así tuvo que ser.

Una dama muy alta y elegante, enormemente distinguida y con una belleza fría y distante, se detuvo a un paso, mirando firmemente a Floyd Milstein.

Éste lo advirtió y volvióse hacia la dama, sonriente.

—¡Querida! Voy a presentarte a unos buenos amigos: Birgitt Lehmann, la famosa actriz de cine, y...

Miró a Rock, preguntándole el nombre y éste se inclinó versallescamente, dándolo.

—Mi esposa, la condesa Trevor-Hume. Con el permiso de ustedes...

Dio el brazo a la fría dama y se alejaron, dejando a Birgitt y a Rock con la palabra en la boca.

La primera suspiró:

—Lo peor que le puede suceder a un hombre es casarse con una condesa rica... y nacida en Inglaterra. ¡Oh, el puritanismo...!

—Parece toda una dama —comentó el muchacho, mirando la altiva y estilizada figura de la mujer de Milstein.

—Lo es. Malas lenguas aseguran que Milstein debe mucho a su esposa..., económicamente, se entiende.

Sólo así se explica que él acuda a una simple llamada de ella.

—Es hermosa.

—Tan bella como un iceberg. Y tan fría también. No me imagino una escena de amor entre ambos.

Sonó un timbre, y los numerosos invitados a la sesión fueron ocupando sus localidades. El patio de butacas del «Palacio del Cine» recordaba las mejores galas del «Scala» de Milán. Las joyas y la hermosura de las mujeres daban un ambiente cosmopolita y mundano que resultaba indescriptible. Las leves conversaciones cesaron en cuanto la sala se oscureció para permitir la proyección

de «La llamada de las montañas».

Rock se acomodó en su asiento, y durante dos horas vio ante sí, en la pantalla, la figura llena de vida de Mammie Grace, moviéndose y actuando de la misma forma que le había visto hacer el día anterior, en su propia presencia.

Era un espectáculo torturante verla viva y saberla muerta, horriblemente asesinada, máxime teniendo la certeza de que alguna de los cientos de personas que llenaban la sala había sido la asesina.

Cuando apareció la palabra «fin», Rock se incorporó como impulsado por un resorte. Birgitt se extrañó.

—¿A qué se debe esta prisa?

—Necesito respirar un poco de aire limpio. Todo esto resulta demasiado vil.

La alemana le siguió con su paso menudo, sin abandonar su aire extrañado.

Una vez en el coche, Rock respiró hondo, aferrando el volante.

—No podría vivir demasiado tiempo en el mundo del cine, Birgitt. Me asfixia... sabiendo vuestro poder de disimulo. Todos sois actores y sabéis representar bien vuestro papel. Mammie Grace ha evolucionado ante vuestros ojos durante un par de horas, y nadie se ha conmovido sabiéndola muerta, asesinada cobardemente.

—¡Rock! —se escandalizó la alemana.

El muchacho sacudió la cabeza y luego palmeó el brazo femenino, sonriendo:

—Perdóname. Estoy cansado y excitado. ¿Vamos al Casino? La fiesta nos espera.

El «Casino Municipal» estaba aún más iluminado que el «Palacio del Cine», si ello era posible. Desde el momento en que pisaron la alfombrada escalinata llegó a sus oídos el ritmo de una orquesta que ofrecía la más moderna música de baile.

El gran salón estaba casi lleno de invitados, y los camareros pasaban ante los grupos portando enormes bandejas con toda clase de bebidas.

Birgitt y Rock se lanzaron al baile, y danzaron locamente durante unos minutos, pero en una de las evoluciones el muchacho vio la figura severa de la Condesa Trevor-Hume, solitaria junto a una columna, y detuvo su danza preguntando a Birgitt:

—¿Puedo dejarte durante unos minutos, sin que escapes con

otro? Creo que debería aprovechar esta oportunidad.

La alemana siguió la mirada del muchacho, y preguntó:

—¿Qué piensas obtener?

—No lo sé.

Ella se soltó.

—No tardes.

El muchacho sorteó las parejas y se detuvo a cortés distancia de la dama. Por un instante se miraron a los ojos, y Rock leyó en los oscuros de la esposa de Milstein una serie de esperanzas frustradas que sorprendía en una mujer como ella, todavía joven y sumamente bella.

—Señora, ¿puedo invitarla a bailar?

—No soy buena bailarina, señor *Cross*, y no debo hacerlo.

—Al menos, me permitirá acompañarla hasta que vuelva su esposo.

Ella dejó de apretar su bolso de noche.

—Muy amable.

Hubo un momento de embarazoso silencio que Rock logró romper:

—¿Ha visto alguna vez Venecia desde la terraza de este casino?

Ella negó, con leve curiosidad.

—Es un espectáculo que jamás se olvida, cuando los has visto una vez. Llevo mucho tiempo viviendo en Venecia y conozco hasta el menor de los rincones. Puedo identificar cada torre o cada palacio de la ciudad, desde aquí y en plena noche.

Hablando llegaron a la terraza y se acodaron en la balaustrada, al igual que otras parejas, con la diferencia de que ninguna tenía mayor preocupación que la de prolongar las mutuas caricias.

Durante varios minutos, Rock estuvo describiendo con vivas palabras la ciudad que se recortaba en la lejanía, al otro lado de la laguna, y que iluminada por la luz artificial recordaba una ciudad encantada de los cuentos de hadas.

Luego, llegó el silencio y el muchacho se encaró con la hermosa inglesa.

—A usted no le gusta el mundo del cine —comentó el muchacho.

Ella le devolvió una mirada sorprendida, como preguntándose cómo lo había adivinado su acompañante.

—En absoluto.

—Es usted más noble que todo esto, lo he notado al conocerla en el «Palacio del Cine». No dudo que entré los artistas, los directores o los productores habrá muchas personas nobles, pero también hay muchas otras que dan un aire desenfadado a la profesión.

—Celebro oír a alguien una cosa así.

—Adivino que usted no es muy feliz viendo a su esposo dedicado a estos negocios.

Ella fue a decir algo, como una instintiva protesta, pero la amargura superó a todo lo demás.

—Floyd no conoce otra vida.

—Me hago cargo de lo que debe usted sentir. Si yo estuviera casado, no me agradaría que mi esposa anduviera con galanes sin moral. Y las estrellas de Hollywood aman demasiado el escándalo y los buenos contratos... Claro que el señor Milstein me ha parecido un caballero.

La condesa no respondió, y aquello bastó a Rock para conocer el drama de la mujer.

—Una buena película la de esta noche —siguió el muchacho, tratando de romper la cerrada guardia de la condesa—. ¿Conoció usted a Mammie Grace?

—Demasiado —respondió ella, secamente.

—Ya estoy enterado de que era una de las estrellas contratadas por el señor Milstein.

—Esa mujer ha recibido su merecido —declaró con odio la condesa.

Rock vaciló. Había en la voz de la dama tal rencor que de su elegante figura parecía emanar un hálito helado y siniestro.

—Sin duda usted bromea... —Trató Rock de suavizar.

—¿Bromear? ¡Mammie Grace era una cualquiera que buscaba demasiado a mi marido! Algo había entre ellos..., ¡pero ya no lo habrá!

Se volvió y ofreció al muchacho un perfil correcto y deshumanizado, como si fuera una estatua de mármol, tallada por un artista cientos de años atrás.

—Sin duda tiene motivos para expresarse de ese modo... —insinuó él.

—Los tengo. Pero no voy a decírselos, señor *Cross*. No sé qué es

lo que busca, pero está interrogándome muy sutilmente desde hace rato. Me he dado cuenta y..., por favor, no es preciso que me acompañe. Sé el camino de regreso.

Fue a marcharse, pero él se situó a su altura.

—Me han inquietado sus palabras, señora. De ellas se desprende que usted se alegró de la muerte de Mammie Grace.

—¡Sí!

—Eso es muy comprometedor. Cualquiera podría pensar...

—¿Que la asesiné yo? —quiso reír, pero no pudo y su voz se cortó—. Lo hubiera hecho muy a gusto.

Luego, alzando la barbilla, siguió su camino y desapareció de la vista del muchacho, que se quedó en la terraza contemplando el mágico espectáculo de Venecia abrazada por las plateadas aguas de la laguna.

* * *

Cuando regresó al salón donde se celebraba el baile, éste había adquirido un aire carnavalesco. Había dos orquestas en sendos estrados, que se turnaban infatigablemente sirviendo los más trepidantes ritmos a los invitados. De algún lugar habían salido guirnaldas, confetis y graciosos gorritos o máscaras coa las que apenas podían cubrirse las facciones. Era aquélla una reminiscencia del Carnaval veneciano, de tan honda tradición.

Rock quedó parado en la misma puerta, presenciando aquel espectáculo lleno de vida y color. El gran mundo sabía divertirse, dando de lado todo convencionalismo.

Buscó con la mirada a Birgitt, y la encontró en los brazos de Floyd Milstein, siguiendo un ritmo sudamericano muy cadencioso. Ella se había cubierto el rostro con un antifaz de papel que no cumplía su cometido de enmascarar su personalidad, y parecía feliz a juzgar por su risa. El productor, por su parte, tenía demasiado brillo en la mirada para no darse cuenta de que la cálida proximidad de la actriz alemana le excitaba demasiado, y el muchacho pensó en la Condesa Trevor-Hume y en su odio hacia las mujeres que su marido frecuentaba.

Más allá, con un cóctel de champaña en la mano, estaba Milena Falconi, agitando entre los dedos nerviosamente una rosa roja.

Parecía buscar a alguien entre los bailarines, y Rock no vaciló.

Deslizándose pegado a uno de los muros, se aproximó a la actriz italiana, pero ésta le vio antes de llegar a su lado, y se puso en movimiento para evitar el encuentro.

El muchacho fue tras ella, sorteando parejas y grupos de personas que reían sonoramente. Milena, cada vez más nerviosa, aceleró el paso hasta casi convertirlo en una carrera, tropezando con unos y con otros.

Rock comprendió que buscaba la salida de una de las puertas de la terraza, y salió él a ella, aprovechando la más próxima.

En la oscuridad pudo correr libremente, ganando terreno a la estrella italiana, y cuando ésta llegó por fin a una de las salidas, casi tropezó con el cuerpo de Rock, que la bloqueaba.

—¡Oh! —Se asustó.

Rock sonreía con los labios, pero en su mirada había una expresión firme.

—¿Acaso iba buscándome, Milena?

—¡No tengo nada que hablar con usted!

Alargó él una mano y la tomó del brazo, suave y turgente a la caricia.

—La terraza es el lugar más amable de todo el casino —aseguró, arrastrándola hacia fuera.

Milena ofreció una leve resistencia, que fue fácilmente vencida por la decisión masculina. Se la veía alterada y nerviosa, y su busto se agitaba irregularmente por una respiración desigual. De no ser por la furtiva expresión de los bellos ojos negros, Milena habría merecido en aquel instante los mejores elogios de Rock, por su belleza.

—No tengo nada que tratar con usted... —rechazó ella.

—Es usted muy mala actriz, Milena, aunque sí muy hermosa, lo cual es suficiente para el cine. Yo sé que guarda un secreto... y sé también que va a decírmelo.

Ella apretó los labios.

—Si no me suelta inmediatamente, pediré socorro.

—Y yo diré a todo el mundo, especialmente al comisario Barolini, que sabe algo respecto a Mammie Grace, que no ha querido declarar.

Milena se apretó una mano contra otra.

Bajo la noche estrellada, y con aquella luna radiante que daba a las cosas y a las personas un carácter irreal, Milena parecía una aparición plena, netamente romana, de belleza agreste y cuerpo bien redondeado.

—¿Quién es usted? ¿Por qué me hace estas preguntas? ¿Qué busca?

—Al asesino de Mammie; y soy el delegado de la Compañía de Seguros en la que ella aseguró su collar, se lo he dicho esta mañana. Confíe plenamente en mí, Milena. Yo sé que usted sabe algo, lo noto porque tiene miedo. ¿Cree que callando van a desaparecer sus temores?... Milena, es necesario que me lo diga todo.

—No... tiene importancia... —empezó ella con un hilo de voz.

—Yo era gran amigo de Mammie, y deseo serlo de usted, Milena. Dígame cuanto sepa.

—Ocurrió la otra noche... Mammie y yo salimos con ese conde, y estuvimos en su palacio... Luego fuimos a varias palas de fiesta, y acabamos en este casino —en la sala de juego donde él perdió mucho dinero. Mammie bebió demasiado, y cuando mi amigo nos llevó al hotel ella estaba completamente embriagada. Tuve que cogerla del brazo para ayudarla a caminar sin hacer demasiado caso de lo que decía... Pero hubo algo que no he dejado de recordar desde que supe lo que le había sucedido...

—¿Qué es...?

—Mammie repitió muchas veces, con la insistencia del embriagado: «Milena, si me ocurre algo, Dick será el culpable...». — ¿Dick?

—Sí.

—¿No dijo ningún nombre más?

—No; sólo eso. Ella le llamaba Dick continuamente.

—¿No trató usted de aclarar de quién hablaba?

—No; pensé que era una tontería como las que suelen decirse en ese estado.

—Pero ella ampliaría esa frase, seguramente... Diría algo más respecto a ese Dick...

Ambos escucharon unos pasos, y la voz chillona de Chucho Zayas a muy poca distancia:

—¡Milena! ¡He recorrido todo el casino buscándote...! ¿Dónde te habías metido? —Se detuvo al reconocer a Rock, y pareció morder

las palabras—. Qué encuentro.

Sus ojos y sus dientes brillaban en la penumbra. Un odio infinito destiló de su boca.

—Aguardaba este momento —aseguró, en un silbido.

Su mano se hundió en el bolsillo, y un segundo después apareció armado con una navaja de resorte, que emitió un seco chasquido al abrirse.

—Póngame las manos encima de nuevo, sucio yanqui, y verá lo que le sucede.

Milena se asustó.

—¡Chucho! ¿Qué haces? ¿Estás loco?

—Apártate, pequeña, éste es un asunto de hombres.

De un manotazo retiró a la actriz y levemente encogido, con el pincho por delante, empezó a ganar terreno.

Rock, sin inmutarse, continuó inmóvil, sin perder por ello vista del arma.

—¿Está borracho, Zayas? Lo que está haciendo puede costarle muy caro.

Más le costará a usted, yanqui.

—No voy a dejarme clavar, Zayas —advirtió el muchacho—. Recuerde además que está en tierra extraña, y que estas cosas son graves.

—¿Tiene miedo? ¡Yo le haré lloriquear de terror antes de un minuto! —Casi chilló, excitadamente.

Con un leve grito, se lanzó hacia adelante, haciendo culebrear la peligrosa navaja ante el rostro del muchacho para alcanzarle con un tajo infame en la mejilla.

Pero Rock se movió con agilidad increíble, y alcanzó aquella mano en el aire, a pocos centímetros de su rostro. Luego, sujetando firmemente la muñeca armada, giró para meter el hombro bajo el sobaco del sudamericano. Una vez logrado aquello, tiró de la muñeca y flexionó todo su cuerpo.

Zayas saltó por el aire, describiendo un arco perfecto para ir a dar con todo su cuerpo contra las losas de la terraza.

El golpe fue durísimo, y la anatomía del periodista se conmovió. Zayas gimió dolorosamente, retorciéndose en el suelo. Rock se inclinó para recoger la navaja que se había caído, y empuñándola fue a la balaustrada, donde buscó la intersección de dos piedras.

Metió la hoja por una de las ranuras, y dio un golpe seco. El acero saltó y la hoja brillante quedó partida e inútil.

Con desprecio, la tiró hacia donde estaba Zayas, que empezaba a incorporarse.

—No hay nada más ruin que un cobarde vanidoso —desdeñó el muchacho.

Luego, sujetó a Zayas de la pechera y lo zarandeó.

—¿Dónde está toda su hombría?

Su puño alcanzó al periodista en plena boca, y lo envió a varios pasos de distancia, hasta que chocó con unas macetas de plantas tropicales cayendo sobre ellas.

La pelea había sido tan rápida, que nadie se había percatado de la índole de la misma.

Sacudiéndose las manos, Rock regresó al salón, dejando a Milena para auxiliar al sudamericano.

Birgitt estaba en el *buffet*, acompañada de Simmonson y Anders, los dos productores que le había presentado en el «Palacio del Cine». Ambos no podían ocultar su profesión. Había demasiada pomposidad en sus maneras para dejar de advertirlo. Ninguno de los dos era joven, pero ambos se creían con cualidades suficientes para enamorar a todas sus estrellas, y en especial a Birgitt. Ésta parecía muy divertida con ellos.



—Siento mucho no poder aceptar su ofrecimiento, señor Simmonson —decía ella en aquel momento al sueco alto y rubicundo—. Acabo de firmar por Milstein.

—Ese viejo zorro —gruñó Anders, que no podía ocultar su acento escocés—. Tiene verdadera predilección por las mujeres hermosas, pero mejor haría cuidando de su esposa; no creo que la condesa esté dispuesta a seguir financiándole sus películas, para que

la abandone por sus estrellas. Yo conozco bien a la condesa y sé que no va a tolerarlo mucho tiempo...

Rock llegó junto a ellos en aquel momento, a tiempo de escuchar la conversación.

Birgitt le sonrió.

—Creo que ya se conocen —dijo ella, graciosamente.

Simmonson cloqueó:

—Desde luego. ¿Romance a la vista, Birgitt?

Anders rió.

—No seas impertinente, viejo camaleón, y déjalos.

Tomando del brazo a Simmonson, se alejaron de allí, no sin mirar a todas las mujeres hermosas con las que se cruzaban.

La alemana le observó con atención.

—¿Qué ha sucedido? Tienes alterada la respiración.

—He tropezado de nuevo con Zayas.

Ella hizo una mueca.

—¿Dónde ha sido?

—En la terraza. Sacó una navaja y... Bueno, le he dado su merecido en presencia de Milena, cuya conversación cortó. A propósito, ¿sabes si Zayas se llama Dick?

—¿Dick? ¿Por qué?

Rock le contó lo que había sabido por boca de Milena.

Cuando hubo terminado, la estrella tenía un aspecto preocupado.

—¿Dick? —repitió—. No recuerdo a nadie de ese nombre. ¿No sabe Milena algo más?

—Es posible, pero Zayas fue muy oportuno.

—¿Por qué no la buscas y lo averiguas?

Lo hicieron ambos, pero no la encontraron, ni tampoco a Zayas. Cuando se hubieron percatado de ello, empezaba a amanecer.

—Será mejor que nos retiremos, ¿no crees?

La llevó hasta el hotel, y bajo la marquesina, en plena calle, la besó.

Birgitt se recostó contra su pecho, suspirando, entrecerrando los ojos.

—Me gustaría amarte toda la vida, Rock —musitó—. Eres bueno y amable, y sabes darle ternura a una mujer, pero no soy enteramente libre... ¿Te haces cargo?

—Algo he leído en los periódicos chismosos —admitió él.

—Debes comprender, querido. Sé hacer honor a mis compromisos, y no puedo olvidar a quien me ha ayudado tanto... No me juzgues mal.

—No te juzgo mal.

—Gracias. Esa persona me está esperando en Alemania; de allí iremos a Hollywood, pero pase lo que pase no olvidaré estas horas que he disfrutado a tu lado, aquí, en Venecia.

Volvieron a besarse, y luego ella se apartó, entrando a la carrera en el hotel.

CAPÍTULO VII

Advirtió en la mirada de Arlene un sentimiento maternal que le emocionó.

—Le encuentro muy fatigado, señor *Cross*.

No había en aquellos ojos verdes ninguna, de las taras que había advertido en las famosas del cine. Arlene podría llegar a ser apasionada, de encontrar el hombre de su vida, pero lo sería limpiamente, sin que nada pudiera inclinarla a una vida desgarrada.

Erguida ante él, ofrecía un aspecto sencillo y atractivo, a un tiempo.

—He dormido poco y con preocupaciones. ¿Noticias de Nueva York?

—Dijeron que esta noche tratarían de que recibiéramos el primer envío de datos.

Rock se dejó caer tras su escritorio, y ojeó distraídamente la montaña de papeles y documentos que esperaban su atención, dentro de una carpeta.

—Es la firma pendiente —explicó la secretaria.

—¿Algo muy urgente?

—Quizá podrá esperar todo.

—Es mejor así. No puedo pensar en otra cosa que en mi problema. ¿Ha vuelto la policía?

—No han dado señales de vida. ¿Cómo le fue ayer en el Lido?

—Todavía no sé si bien o mal —y le contó cuanto había sucedido.

Arlene siguió atentamente la narración, y cuando hubo terminado apuntó:

—¿No le parece un indeseable ese periodista?

—¿Zayas? Oh, sí lo es.

—¿No podría haberla asesinado él?

Rock sonrió.

—El hecho de que se haya peleado conmigo, no quiere decir nada, Arlene. De todas formas, es un tipo efectivamente sospechoso.

—¿Y los demás?

—No hay nada que me indique la culpabilidad de nadie. Es muy confuso todo... No sabe cuánta es la capacidad de disimulo de esa gente: se creen que viven perpetuamente ante las cámaras y nada de lo que hacen es sincero.

La muchacha se apoyó en la mesa.

—Si no logra algún resultado, el comisario volverá a molestarle —recordó.

—Lo sé, pero ese convencimiento no me ayuda en absoluto.

Se incorporó y paseó por el despacho con las manos a la espalda. En una de sus evoluciones se detuvo ante la muchacha.

—Me gustaría poder ayudarle.

—Lo hace muy bien.

—Llamar por teléfono no tiene ninguna importancia. Quisiera hacer algo más.

Le palmeó el brazo.

—Es demasiado buena —desvió la mirada y preguntó—: ¿Tiene noticias de Luchino? Arlene retrocedió y fingió ordenar la carpeta de la firma.

—No.

Tomó la carpeta y pareció dispuesta a marcharse.

—Si no me necesita... Tengo mucho trabajo pendiente.

Salió y Rock la admiró al alejarse, hasta que la puerta se hubo cerrado tras ella.

Luego volvió a su sillón y dejóse caer en él. Con el rostro entre las manos estuvo largo rato, con el cerebro en blanco, dejándolo reposar para someterlo a intenso esfuerzo cuando llegase la hora.

* * *

Cuando sonó el teléfono, le dejó hacer una sola llamada y luego lo descolgó.

—¿Señor *Cross*? —preguntó una voz femenina al otro lado.

—¿Quién llama?

—Soy Joan Eddy, señor *Cross* —y aguardó, como si su simple nombre pudiera dar a entender el motivo de la llamada.

Rock apretó con fuerza el microrreceptor, y preguntó:

¿Hay algo en lo que pueda servirla, señorita Eddy?

La actriz de Hollywood bajó el tono de su voz al extremo opuesto del hilo.

—¿Recuerda nuestra conversación de ayer, en la playa del Lido?

—Sí.

Hubo un momento de silencio.

—Le oculté algo, señor *Cross*.

—¿Relacionado con Mammie Grace?

—En efecto.

Rock sintió galopar su corazón dentro del pecho.

—¿De qué se trata?

—Sí, conocía a Mammie; para ser exactos, éramos amigas... desde mucho antes de trabajar las dos para el cine.

—Continúe, por favor.

—Bien; puedo contarle algunas cosas respecto a ella, y enseñarle una foto.

—¿Qué clase de foto?

—Una de boda.

—¿Mammie Grace era la novia?

—Sí.

—¿Y su marido?

—Se llama Dick Haymes.

—¿Dick?

—Sí.

Rock se incorporó, rodeando el escritorio.

—¿Me llama desde su habitación del hotel, señorita Eddy?

—Sí; es la doscientos tres.

—Iré inmediatamente.

—Le esperaré. Y perdone mi desconfianza de ayer. Birgitt me ha dicho que usted persigue un buen fin, y por eso me he decidido a llamarle. Birgitt me lo aconsejó. —Gracias, señorita Eddy, en mi nombre... y en el de Mammie. No tardaré, Colgó y salió al antedespacho. Arlene le interrogó con la mirada.

—Parece que se precipitan los acontecimientos, Arlene. Joan Eddy va a darme datos inéditos sobre Mammie. Ya he localizado

quién es «Dick»: el marido de Mammie.

—¿Estaba casada?

—Una sorpresa, ¿no? Con razón pensaba que no había sido sincera conmigo. Volveré enseguida, Arlene. Joan Eddy me espera en el hotel.

Casi media hora más tarde desembarcaba de la motora ante el embarcadero del «Hotel Dux». Pidió que le aguardara y entró decidido en el vestíbulo del lujoso hotel.

Aguardó a que el ascensor descendiera al vestíbulo, y esperó a que el botones le abriera las puertas.

Fue a entrar, y chocó con alguien que salía.

—Perdón.

El comisario Barolini le miró de arriba abajo.

—¡Qué sorpresa! ¿Cómo por aquí, señor *Cross*?

—Trato de encontrar algo que me justifique ante usted, comisario.

—¿Y qué tal le va el oficio de detective?

—Quizá muy bien dentro de poco.

—No irá a decirme que tiene una buena pista, ¿verdad?

—Así es.

—Dígame de qué se trata; al fin y al cabo, trabajamos en lo mismo.

—He recibido una llamada de Joan Eddy, prometiéndome información y una fotografía de Mammie Grace; una foto de boda, se entiende.

—¡Vaya! ¿Y dice que le ha llamado Joan Eddy?

—Sí; hace media hora.

—Le acompañaré.

Volvió a entrar en el abierto ascensor y Rock hizo lo propio. El muchacho dio la orden al botones y éste pulsó los mandos para conducir a los dos hombres al piso indicado.

Recorrieron un pasillo, y el muchacho vio a un hombre delante de la habitación doscientos tres, que saludó al comisario y empujó la puerta.

—Entre, señor *Cross*.

Antes de cruzar el umbral, Rock lo supuso.

Por eso no se asombró de ver al otro extremo del salón el cuerpo de Joan Eddy, de bruces sobre el suelo, con los negros cabellos

desparramados por la alfombra. Iba vestida con una falda tubo que mostraba buena parte de sus maravillosas piernas, y tenía cubierto el busto con un suéter color cáscara, manchado de sangre.

—¿No se lo esperaba, señor *Cross*? —preguntó el comisario.

El muchacho se pasó la mano por la frente.

—Es... horrible... Hace media hora me llamó... —Lo comprobaremos. Se revolvó Rock.

—¿Otra vez sospecha de mí?

—Por favor, señor *Cross*, no se excite. Comprenda que es demasiada casualidad. Ha habido en tres días dos crímenes. Las víctimas estaban relacionadas con usted, y las dos murieron inmediatamente después de hablar con usted por teléfono. Voy a tener que quitarle la instalación de su oficina, para cortar esta racha de muertes. Tiene usted un teléfono maldito.

—No es cosa de bromear, comisario.

—No; no lo es, y sin embargo uso de la ironía, porque de otra forma tendría que ponerme particularmente desagradable. ¿Quiere contármelo todo? Sin mentir, por favor.

El muchacho fue a decir algo, pero se contuvo y relató sucintamente cuanto había sucedido desde que fuera puesto en libertad. Barolini escuchó en silencio, y cuando hubo terminado el muchacho su declaración, dijo:

—Todo coincide.

—¿Qué quiere decir?

—Le he hecho seguir, señor *Cross*, y su declaración corresponde exactamente a los informes de los agentes que le han estado vigilando.

—¿Quiere dar a entender que he estado sometido a vigilancia, como un malhechor?

—No como un malhechor. Ha sido un procedimiento para saber si podía fiarme o no de usted.

—Bien, ahora que lo sabe, le exijo que retire sus sabuesos, o que me detenga acusado de algo concretamente. Es absurda esta situación.

—Le prometo retirarle la vigilancia. Y ahora que estamos de acuerdo le enseñaré algo curioso —sacó un sobre del bolsillo y extrajo un pequeño fragmento de una fotografía quemada. Los bordes estaban amarillentos y devorados por el fuego de una forma

irregular.

—¿Le dice algo eso?

—¿Es una foto?

—Lo es. La encontramos en el dormitorio de esta pobre mujer. Alguien trató de quemarla, posiblemente el asesino porque las cenizas eran muy recientes.

Rock examinó aquel fragmento con atención.

Se veían sólo los pies de un hombre, calzados con zapatos blancos de rejilla. Los pantalones eran grises y hasta donde era posible apreciar, tenían buen corte. Fuera de aquello, no era posible apreciar nada más.

—Estos zapatos corresponden al asesino, comisario.

Barolini arqueó las cejas.

—¿En qué basa su deducción?

—No es ninguna deducción, comisario, sino una certidumbre. Joan Eddy me llamó para contarme cosas acerca de Mammie Grace. Me dijo que la conocía de antiguo, que eran amigas desde antes de trabajar para el cine. Y me informó de algo más: Mammie estaba casada.

—¿Casada? No lo decía su pasaporte.

—Debía ser un secreto. Su marido se llama Dick Haymes... y es el asesino.

Barolini respingó.

—¡Usted sabe demasiadas cosas! ¿Quién es Dick Haymes? ¿Dónde está? ¡Tenemos que damos prisa, si no queremos que...!

Rock alzó una mano y contuvo la catarata de exclamaciones del policía.

—Sólo me falta conocer un punto: la identidad de Dick Haymes. Ese individuo se encuentra en Venecia con otro nombre, según todas las probabilidades.

—¿Por qué dice que él mató a Mammie?

—Ella misma lo temía, según dio a entender a Milena Falconi. Salieron juntas hace varias noches y bajo el influjo del alcohol debió abrir la espita de las confidencias. Le dijo: «Si me ocurre algo, Dick será el culpable».

Barolini montó en cólera.

—¿Cómo no me ha dicho ella eso a mí, cuando yo la interrogué?

—Usted no conoce a esta clase de gente, comisario. Pese a que

viven de la publicidad, no les gusta que nadie penetre en lo íntimo de sus vidas.

—Sea como sea, yo hablaré ahora mismo con esa Milena Falconi y le enseñaré a no burlarse de la policía.

Tomándole del brazo, lo empujó fuera de la habitación de la muerta, y al ayudante que montaba guardia ante la misma le ordenó:

—Llame a los muchachos, Enrico, y no deje entrar aquí a nadie, ¿entendido?

Luego el comisario y el muchacho recorrieron el alfombrado pasillo.

—¿Cómo llegó tan pronto, comisario? —preguntó Rock—. Me ha sorprendido su celeridad...

—Vine al hotel para hacer nuevos interrogatorios, y en ese momento estaban llamando a la Comisaría. Alguien había oído un disparo y cundió la alarma, recordando la muerte de Mammie. ¿A dónde va ahora?

—Seguiré husmeando, si me lo permite.

—No salga del hotel y espéreme. Yo voy a ajustarle las cuentas a Milena.

Rock siguió con la vista al comisario hasta que desapareció en otro recodo del pasillo, y luego subió al piso superior, aprovechando un ascensor que se detuvo. Una vez en el nuevo piso buscó la habitación de Birgitt y llamó a ella con los nudillos.

—¿Quién? —preguntó ella, sin abrir.

—Soy yo, nena. ¿Puedes abrir?

Lo hizo, asomando medio rostro por la abertura hasta reconocer a Rock. Luego abrió por completo, dejándole entrar.

Estaba palidísima y tenía un aire atemorizado en sus ojos.

—¿Qué te sucede, Birgitt?

La actriz cerró la puerta, pasó el pestillo y se cruzó de brazos, cubriéndose los codos con ambas manos, conteniendo un escalofrío.

—Es horrible, Rock, horrible. ¿No te has enterado?

—¿Lo de Joan? Sí; acabo de ver su cadáver.

—Yo no resisto ni un minuto más. Voy a marcharme de Venecia y regresaré a Alemania.

—¿Por qué tienes miedo?

—Han muerto dos, Rock. ¿Quién será la tercera? ¿Seré yo? ¿O

quién?

—¿Por qué ha de haber una tercera?

—No lo sé, pero éste parece un Festival maldito. ¡Tengo miedo!

La sujetó de los hombros y la zarandeó suavemente, reanimándola.

—No te pongas nerviosa, pequeña. Tú no tienes nada que ver con el pasado de Mammie Grace, ¿verdad? No me mientas, o podrías ser tú la tercera víctima.

Negó repetidas veces.

—No; no tengo nada en común con ella.

—Si es así, no debes temer. Es algo que hay en el pasado de Mammie lo que ha traído estas muertes. El culpable es el marido de ella, Dick Haymes.

—¿Estaba casada? ¿Ya ha conseguido la policía dar con el asesino?

—Falta ese simple detalle, y también identificar a Dick Haymes. Creo que está aquí, entre nosotros, probablemente en este mismo hotel, pero hoy vive con otro nombre. A propósito, Joan te dijo que tenía algunas cosas que decirme...

Birgitt parpadeó.

—¿No irás a pensar que yo...?

Rock rió.

—No tienes aspecto de haber sido el marido de Mammie Grace.

La broma hizo sonreír también a la estrella, que explicó:

—Esta mañana temprano Joan me llamó por teléfono para hablarme de vuestro encuentro de ayer en la playa... Me dijo que tenía datos para ti y que incluso podía ofrecerte una foto que le regaló Mammie hace años, cuando todavía no eran nadie en el cine y que podía servir para identificar a una persona...

—¿Qué más te dijo?

—Me pidió consejo sobre lo que debía hacer. No quería cuestiones con la policía, y yo le convencí para que hablara contigo.

—¿No te dio ningún nombre?

—No; sólo que ella podría decir casi con seguridad quién la había matado.

El muchacho buscó el armario bar y vertió una generosa ración de coñac que ofreció a la alemana.

—Bebe eso; te reconfortará.

Birgitt obedeció, y unos instantes después sus mejillas se colorearon.

—¿Por qué la han matado, Rock? ¿Qué había hecho Joan para merecer un final tan horrible?

—Simplemente sabía demasiado acerca de Dick Haymes. Cuida de no hablar a nadie de todo esto, Birgitt.

Ella se estremeció.

—Lo... tendré en cuenta.

Alcanzó la mejilla femenina con su mano y la acarició.

—Pasaré a la noche a recogerte.

Bajaba por la escalera y se sorprendió del ajetreo que había en el piso bajo. Un camarero se detuvo en su carrera al verle.

—¿Señor *Cross*?

—Sí.

—El comisario desea verle. Es urgente.

Uno de los ayudantes de Barolini venía en dirección contraria y le hizo una seña.

Con paso vivo caminaron por el corredor, y entraron en una habitación cuya puerta permanecía abierta y ante la que se agolpaban algunos curiosos.

Dentro, el comisario Barolini mordía las palabras al hablar con una doncella.

—... encontré la puerta abierta y llamé, pensando que no había nadie. Al ver que no respondía, entré y... —explicaba la camarera.

El comisario al ver a Rock abandonó a la doncella y sacudió la cabeza, señalando la puerta del dormitorio.

—Vea eso.

El muchacho se asomó cautelosamente, sabiendo lo que iba a ver.

Milena Falconi había estado maquillándose cuando los dedos del asesino alcanzaron su largo cuello. Ella había luchado y su blusa se había rasgado, violentada por el esfuerzo. El rostro semimaquillado de la que había sido hermosa actriz estaba cerúleo y contraído horriblemente.

Barolini tronó por encima de su hombro.

—¿Qué le parece, señor *Cross*?

El muchacho se retiró, tambaleándose, pasándose una mano por la frente.

—Mis nervios no están hechos para esto, Comisario. Yo sólo soy un agente de seguros, y aunque siempre hablo del momento de la muerte, pienso que ninguno de mis clientes puede fallecer jamás y cuando eso ocurre lo siento tanto como si fuera yo mismo quien pagase la prima.

—¿Dónde está ese Dick Haymes de que me hablaba?

—Su pista la encontraremos en América.

—¡Aquello está muy lejos y el Festival terminará dentro de muy pocos días! Cuando eso suceda, cada cual tomará distinto rumbo...

—Yo he pedido información a Nueva York, Comisario. Me llegará esta noche, según creo.

—Nosotros también la hemos solicitado, pero no confío en que esté aquí antes de una o dos semanas.

—La organización privada es siempre más rápida... —Sacudió la cabeza—. Necesito un *whisky*, Comisario. Me llegará esta noche, según creo.

—Prepare dos, ¡mil rayos! —exclamó—. Yo también preciso algo de alcohol.

El pulso de Rock no fue muy firme al escanciar el licor. Milena Falconi estaba solo a unos pasos, y toda su belleza se había eclipsado bajo la presión de unos dedos brutales.

CAPÍTULO VIII

No era un sobre muy abultado, pero al recibirlo le pareció que le abrasaba la mano. Arlene, a su lado, jadeaba por la ansiedad. La puerta del despacho fue cerrada por fuera por el empleado que había ido a recoger el envío al pie mismo del avión, y Rock rasgó el sobre.

Salieron varias fotos, una carta y unas hojas escritas a máquina.

—La carta es de la Agencia de Detectives que usa la Compañía. Se disculpan por no haber obtenida más datos, pero no se les ha dado tiempo. Dentro de cuarenta y ocho horas podrán ampliar este primer informe, pues han movilizado a toda su red.

—¿Qué dice el informe?

El muchacho lo fue leyendo rápidamente. Según él, a Mammie Grace no se le conocían antecedentes penales. Había nacido en Truxton, un pueblecito del estado de Nueva York, veintisiete años antes. Sus padres, al morir, le había dejado una granja de cierta importancia que durante algún tiempo estuvo explotando, basta que conoció a Dick Haymes, con el que se casó. Dick era un agente de bienes raíces algunos años mayor que ella. Cuando no llevaban más que unos seis meses de casados, y cuando regresaba de vender la granja a un cliente de su oficina de Nueva York sufrió un accidente automovilístico de resultados del cual se incendió el coche, pereciendo carbonizado entre los restos. Un año después, Mammie Grace había posado como modelo para varios fotografías, hasta que encontró una oportunidad de trabajar en Hollywood.

—Eso es todo —concluyó Rock, plegando las hojas—. Una biografía bien sucinta, pero aclara algunas cosas.

—¿Y las fotos? —preguntó Arlene.

El muchacho las miró. Una mostraba a Joan Eddy del brazo de

Mammie, cinco o seis años atrás, y la otra...

Saltó de la butaca.

—¡Cielos!

—¿Qué ocurre, señor *Cross*...?

—Pero si es...

—¿Quién?

El muchacho señaló al hombre de pantalón gris y zapatos blancos de rejilla que tomaba sonriente el brazo de Mammie, a la puerta del Ayuntamiento de Nueva York.

—El propio Dick Haymes, el marido de Mammie.

—¿Le conoce?

—¡Vaya si le conozco! ¡Y no está muerto, como dicen los de Nueva York!

Guardó las fotos en el bolsillo, así como el informe de la Agencia de Detectives y se movilizó hacia la puerta.

—¿A dónde va?

—Al Hotel Dux, donde reside el asesino.

—¡No vaya, señor *Cross*! —suplicó ella, asustada—. ¿No recuerda las muertes que ha habido? El le matará.

—No le daré esa oportunidad.

—¡Pero sería mucho más sensato que avisara al Comisario Barolini! —insistió ella, corriendo tras su jefe.

—Antes quiero aclarar una cosa con una persona —se obstinó.

Luego salió a toda velocidad de la oficina.

Arlene, retorciéndose las manos, a punto de llorar, quedó en mitad del despacho buscando desesperadamente el medio de ayudar a su jefe.

Al fin lo encontró, y se precipitó sobre el teléfono.

Empezó a marcar cifras febrilmente...

* * *

—¿La señorita Lehmann...? —preguntó al conserje.

Éste echó una ojeada al tablero de las llaves y respondió:

—Tiene que estar en su habitación.

Rock corrió hacia el ascensor, pero éste no estaba, y optó por subir a la carrera por las escaleras.

Cuando llegó al piso donde estaba situada la habitación de

Birgitt jadeaba por la rapidez de la carrera. Por eso se detuvo unos instantes recobrando la respiración, y luego se encaminó a la habitación de la muchacha.

Hizo girar la manecilla y entró, sin llamar.

Birgitt estaba situada al otro extremo del salón, con el rostro espantado y una indecible expresión de desamparo.

Aquello le hizo sospechar, y rápido se volvió para mirar detrás de la puerta.

Pero se retrasó una décima de segundo, y la pistola cayó sobre su cabeza. No obstante pudo iniciar un regate en el último momento, y el golpe le alcanzó sólo parcialmente.

Cayó al suelo de bruces, aunque sin perder el conocimiento. La cabeza le dio vueltas durante unos segundos y lejanamente oyó la voz de Birgitt:

—¡Es usted un asesino...!

—Sí, pequeña. Maté a esas tres estúpidas, y vosotros dos coronaréis la lista negra. Los años venideros recordarán este Festival del Cine como la «Mostra sangrienta». Es posible, incluso, que me decida a producir una película con ese título.

Rock empezó a incorporarse y acariciándose con cuidado la parte dolorida se puso en pie, mirando a Floyd Milstein, que sostenía con firmeza la pistola.

—Al fin le he encontrado, Dick Haymes —dijo el muchacho.

El productor apretó los labios.

—Nadie volverá a pronunciar otra vez ese nombre.

—La policía lo sabe.

—Pero no puede relacionarme con él.

Birgitt reprochó:

—¿Por qué has entrado sin llamar? Podrías haberte evitado...

El muchacho hizo un gesto con la cabeza.

—Quería saber si me habías traicionado. Tú sabías que Milena y que Joan conocían algo del pasado de Mammie...

La muchacha bajó la cabeza.

—Sí; yo serví de informadora para ese asesino... ¡Pero yo no podía suponer que haría semejante uso de mis informes! Me pidió que le contara todo cuanto averiguase... y yo cometí la canallada de hacerle caso. Nunca me lo perdonaré.

Rock sacudió la cabeza.

—Una torpeza demasiado grande, Birgitt —suspiró el muchacho. Milstein sacudió la pistola.

—Déjense de lamentaciones. Esto se ha terminado.

Pero el Delegado de la Compañía, preguntó:

—Usted está vivo, Milstein, y sin embargo he recibido informes de Nueva York en el sentido de que Dick Haymes falleció en un accidente automovilístico.

El productor sonrió, duramente.

—Ese accidente existió, pero no fui yo quien pareció en él. Murió un vagabundo al que subí en mi coche para dejarle en un pueblo de la ruta, al que deseaba ir. Al chocar con un árbol quedó casi inconsciente y al ver que se incendiaba el coche sólo tuve fuerzas para salir de él, llevándome el maletín en el que transportaba los cincuenta mil dólares que me habían dado por la granja de Mammie... Sólo pude dar unos pasos, y caí por un pequeño terraplén lleno de matorrales, donde permanecí varias horas inconsciente. Cuando me fue posible salir de allí vi en los periódicos que se me daba por muerto, y pensé que podía iniciar una nueva vida con aquel dinero.

Rock supo contener su asco, y siguió preguntando, en un desesperado afán de ganar tiempo a fin de buscar algún procedimiento para salir de aquella encerrona.

—¿Y Mammie?

—Se vistió de luto.

—¿Por qué la mató?

—Es una historia larga. Con aquel dinero me, abrí camino en la vida, viajé a Europa y me casé en Inglaterra con la condesa Trevor-Hume y con sus millones. Fue un golpe de suerte. Luego, con su dinero me lancé a crear una industria cinematográfica..., pero en Hollywood me encontré con Mammie, convertida en «starlet» durante mi ausencia. Pretendió organizar un escándalo, pero la convencí para que no lo hiciera, ya que ambos saldríamos ganando. Yo la lancé como estrella y le di a ganar muchísimo dinero. No me hubiera importado seguir manteniéndola, de no haber comenzado con su chantaje.

—¿Chantaje?

—Sí; cada vez pedía más dinero bajo amenaza de denunciarme como bígamo. No podía divorciarme de ella, porque eso me hubiera

perdido para siempre. Tuve que ceder una y otra vez. Me obligó a comprarla ese maldito collar, y para ello tuve que falsificar unas cuentas de mi mujer. Por eso encargué una copia exacta del collar, y la sustituí por la auténtica sin que Mammie se diera cuenta; de esa forma dispuse otra vez del dinero que me había costado el collar para evitar que mi mujer notara mi fraude.

—¿No era un riesgo muy grande? Mammie podía darse cuenta de la suplantación.

—Tenía que arriesgarme, y de todas formas pensaba robarle el falso collar para hacerlo desaparecer, pero eso tenía que hacerlo con todas las probabilidades de triunfo. Yo la advertí de que no cedería más a sus chantajes, y en esa situación llegamos a Venecia. Ella no hizo caso y tuve que matarla.

—Y se le rompió el falso collar cuando la estrangulé.

—Sí; pero basta de charla.

Alzó unos milímetros la pistola y Rock dijo aún:

—¿Sabe que he recibido una foto de Nueva York, idéntica a la que quemé en la habitación de Joan Eddy?

Milstein rechinó los dientes.

—Está mintiendo.

El muchacho lanzó una carcajada.

—Mammie y usted se encuentran cogidos del brazo a la puerta del Ayuntamiento de Nueva York.

El productor se dio cuenta de que su interlocutor no mentía.

—¿Dónde la tiene?

—En mi bolsillo.

—Démela.

Birgitt asistía a la conversación con las manos entrelazadas y los agudos dientes torturando los gruesos labios.

El joven metió la mano en el bolsillo y sacó una de las fotos, sin mirarla.

—Tómela, Milstein. ¿No vale eso por lo menos la vida de Birgitt?

El asesino alargó la mano para recoger la foto, y en ese instante Rock actuó desesperadamente.

Soltó la foto y aferró la muñeca del productor, tirando de ella salvajemente.

La pistola se disparó, agujereando la alfombra, y el muchacho

lanzó ambos puños al rostro de su enemigo.

Fue un golpe terrible, y casi en el mismo instante la puerta se abrió.

—¡Quieto todo el mundo en nombre de la Ley! —rugió la voz del comisario Barolini.

Dos policías entraron en tromba, cayendo sobre el cuerpo de Milstein, que había rodado por el suelo, al impacto de Rock.

Hubo una breve lucha, pero los policías lograron dominar al asesino, que se vio con las muñecas esposadas, mientras de sus labios se escapaban espumarajos de rabia.

Birgitt exhaló un gemido y se desplomó, en tanto el muchacho se secaba el frío sudor de su frente.

—Nunca más a tiempo, comisario —agradeció, roncamente.

—No es mío el mérito, sino de su secretaria. Ya le dije que era una chica lista.

Se apartó, y en el pasillo apareció Arlene, pálida y temblorosa.

Al verlo ileso, ella corrió a su encuentro, llorando y riendo a un tiempo.

Los brazos femeninos en torno a su cuello sorprendieron a Rock, pero aún más le llenó de perplejidad el encontrar los rojos labios de su secretaria que besaban ansiosamente.

—Arlene... Arlene... —La apretó contra sí—. Te diría muchas cosas, si no existiera Luchino.

Ella se apartó y a través de un velo de lágrimas rió:

—Luchino es sólo un buen amigo.

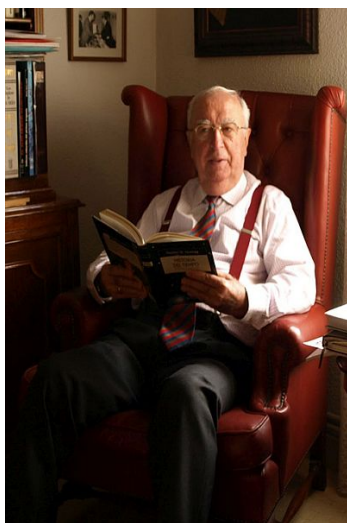
—En ese caso...

Volvió a abrazarla y de nuevo besó los rojos labios, encontrando en ellos el sabor nuevo de una inexperiencia que le resultaba placentera, después de tanta estrella del cine.

—Te lo diré esta noche en una góndola, sobre el Gran Canal, ¿te parece?

Arlene había sido una secretaria eficiente y aceptó la orden de buen agrado.

FIN



Miguel María Astraín Bada, (1934, Zaragoza, España), es un escritor, crítico literario y guionista cinematográfico, autor de 236 novelas publicadas en España, Portugal y América y de cuatro guiones de producciones cinematográficas del subgénero Spaghetti western.

Ha sido uno de los tres autores más vendidos de Editorial Bruguera entre 1955 y 1979, casi siempre bajo los seudónimos de Mikky Roberts, Roberto de la Mata o M.

M. Astrain.

Periodista y técnico titulado en radiodifusión, publicidad, *marketing* y relaciones públicas, trabajó durante 42 años (1955 a 2003) para Radio Zaragoza (EAJ 101), desempeñando, entre otras, las funciones de Director de Programación, Comercial y Relaciones Públicas.